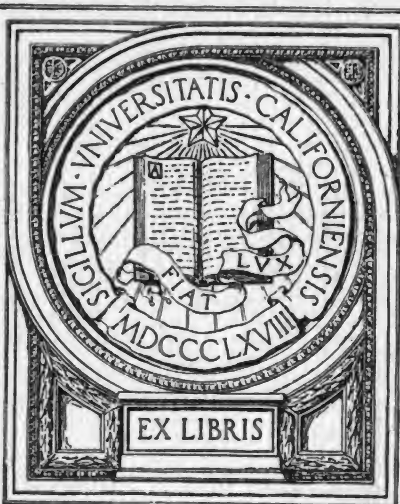
Obras de Rabindranath Tagore: Mashi, y otros cuentos

Rabindranath Tagore, Zenobia Camprubí de ...


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

OBRAS

DE

RABINDRANATH TAGORE

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

Y OTROS CUENTOS

Y II

— PRIMERA EDICIÓN —

TRADUCCIÓN

DE

ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

OBRAS

DE

RABINDRANATH TAGORE

LAS

PIEDRAS HAMBRIENTAS

Y OTROS CUENTOS

II

OBRAS DE RABINDRANATH TAGORE

(Según el testo inglés, escrito o revisado por el propio autor).

PUBLICADAS

LA LUNA NUEVA (POEMAS DE NIÑOS). *Tercera edición.*
EL JARDINERO (POEMAS DE AMOR Y VIDA). *Tercera edición.*
OFRENDA LÍRICA (GITANJALI) (POEMAS). *Segunda edición.*
LA COSECHA (POEMAS). *Tercera edición.*

PÁJAROS PERDIDOS (SENTIMIENTOS). *Tercera edición.*

EL CARTERO DEL REY (POEMA DRAMÁTICO). *Tercera edición.*
EL ASCETA (SANYASI) (POEMA DRAMÁTICO). *Segunda edición.*
EL REY Y LA REINA (POEMA DRAMÁTICO). *Segunda edición.*
MALINI (POEMA DRAMÁTICO). *Segunda edición.*
CHITRA (POEMA DRAMÁTICO). *Primera edición.*

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS Y OTROS CUENTOS: I. *Primera edición.*

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS Y OTRCS CUENTOS: II. *Primera edición.*

EN PRENSA

CICLO DE LA PRIMAVERA (COMEDIA).

EN PREPARACIÓN

REGALO DE AMANTE (POEMAS).
TRÁNSITO (POEMAS).

EL REY DEL SALÓN OSCURO (POEMA DRAMÁTICO).
SACRIFICIO (POEMA DRAMÁTICO).

MASHI Y OTROS CUENTOS.

EL SENTIDO DE LA VIDA (ENSAYOS).
PERSONALIDAD (ENSAYOS).
NACIONALISMO (ENSAYOS).

RECUERDOS.

SHANTINIKETAN (LA ESCUELA DE RABINDRANATH TAGORE EN BOLPUR).
RABINDRANATH TAGORE, POR ERNEST RHYS.

OBRAS

DE

RABINDRANATH TAGORE

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

Y OTROS CUENTOS

II

TRADUCCIÓN

DE

ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

— PRIMERA EDICIÓN —

MADRID

1918

Zenobia Camprubí de Jiménez tiene la autorización esclusiva de Rabindranath Tagore para traducir sus obras al español y para publicarlas en España y en la América española.

Todas las otras traducciones españolas que circulan, son fraudulentas.

Tip. - Lit. A. de Angel Alcoy (S. en C.). Atocha, 30 dup.

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

Y OTROS CUENTOS

II

(ESTOS cuentos han sido traducidos del bengalí al inglés por autores diversos. La traducción de LA VICTORIA es de Rabindranath Tagore. Las demás, de Mr. C. F. Andrews, Rev. E. J. Thompson, Panna Lal Basu, Prabhat Kumar Mukerji y la Hermana Nivedita, ayudados por Tagore.

Nota de la edición inglesa de LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS.)

8

OJOS

I

SIENDO yo muy joven todavía, dí a luz un niño muerto y estuve a punto de morir también. Fuí mejorando poco a poco; pero mi vista se me empezó a cansar.

En aquella época, mi marido estudiaba medicina, y no recibió mal la ocasión que se le presentaba de hacer esperiencias en mí. Conque empezó a tratarme los ojos.

Mi hermano mayor, que se estaba preparando, por entonces, para sus exámenes de leyes, vino a casa un día y se asustó de verme.

«¿Pero qué estás haciendo?» le dijo a mi marido. «¿No ves que le estás echando a perder los ojos a Kumo? Debieras consultar al momento con un buen especialista».

Mi marido le respondió molesto: «¿Y qué le va a hacer un buen especialista que yo no le haga? Es un caso bien sencillo, y cualquiera sabe los remedios que necesita».

Mi hermano dijo desdeñosamente: «Sin duda, te crees que no hay diferencia ninguna entre ti y un profesor de tu facultad».

Ya enfadado, contestó mi marido: «Si tú te casaras y surjiera una disputa sobre la propiedad de tu mujer, me figuro que no aceptarías mi consejo como lejista. Por lo tanto, déjame en paz, que yo soy médico y sé lo que hago».

Mientras ellos reñían, yo estaba pensando que siempre es la pobre yerba la

que sufre cuando dos reyes se hacen guerra. En aquella disputa, yo era la que pagaba.

Verdaderamente, a mí también me parecía muy injusto que una vez que mi familia me había dado en matrimonio, viniera a mezclarse en lo que no le importaba. Y a fin de cuentas, mi alegría y mi dolor eran cosa de mi marido y no de ellos.

Desde aquel día, por esta pequeñez de mis ojos, las relaciones entre mi marido y mi hermano se pusieron muy tirantes.

Una tarde, mientras mi marido estaba fuera, mi hermano trajo, con gran sorpresa mía, un médico. El médico me vió los ojos cuidadosamente, y dijo, muy serio, que si aquello se seguía descuidando, podía ser muy grave. Recetó unas medicinas, y mi hermano mandó por ellas enseguida. Cuando el médico se hubo ido,

yo le rogué a mi hermano que no se metiera en nada, porque yo estaba segura de que nada bueno podía resultar de las tapadas visitas de otro médico.

Me sorprendí de mí misma por aquel valor que tuve de hablar así a mi hermano, a quien hasta entonces había respetado tanto. Creo que él también se sorprendió de mi atrevimiento. Se quedó callado, y luego me dijo: «Está bien, Kumo, no volveré a llamar al médico; pero estas medicinas que te ha mandado, tienes que tomarlas». Y se fué.

El boticario mandó luego las medicinas. Yo cojí todo, botellas, polvos y receta, y lo eché al pozo.

Lo de mi hermano había picado a mi marido, que empezó a tratarme los ojos con más dilijencia que nunca. Probó toda clase de remedios. Me vendé los ojos como me dijo, me puse unas gafas de color, me eché unos colirios, tomé

unos polvos. Hasta bebí todo el aceite de hígado de bacalao que él quiso, a pesar de las náuseas que me daba.

Siempre que volvía del hospital, él me preguntaba ansioso cómo me encontraba. Yo le respondía: «Mucho mejor.» Llegué a ser perita en ilusión. Cuando la agüilla de mis ojos aumentaba, me consolaba con la idea de que era bueno echar fuera tanto humor vicioso, y si el flujo decrecía, me entusiasmaba de la habilidad de mi marido.

Pero, pasado algún tiempo, mi sufrimiento se hizo insoportable. No veía apenas y me dolía la cabeza sin parar, día y noche. Noté que mi marido empezaba a preocuparse y que estaba buscando pretesto para que viniese un médico. Así, pues, yo le dije indirectamente algo para que lo llamara. Comprendí que esto le aliviaba mucho, y

aquel mismo día trajo a un médico inglés. No sé lo que hablarían; pero sí saqué en claro que el sahib había tratado con severidad a mi marido.

Él se estuvo callado largo rato después de haberse ido el médico. Le cojí sus manos y le dije: «¡Qué hombre tan bruto y tan grosero! ¡Cuánto más valdría que hubieses llamado a un médico indio! ¿Tú crees que ese hombre sabe mejor que tú lo que yo tengo?»

Mi marido siguió callado. Luego dijo entrecortándose: «Kumo, hay que operarte los ojos.»

Me mostré indignada de que él hubiese tardado tanto en decírmelo. «Tú lo sabías hace mucho tiempo», le dije, «y has querido ocultármelo. Pero ¿te figuras que soy tan niña que me asuste de una operación?»

Oyéndome, recobró su buen humor. «Hay pocos hombres», contestó, «tan

heroicos, que no rehuyan una operación, por pequeña que sea».

Yo me reía: «Eso es verdad; los hombres sólo son heroicos delante de sus mujeres».

Me miró seriamente y me dijo: «Tienes muchísima razón; los hombres somos enormemente vanos».

Le quité su seriedad con nueva risa. «¿Tú crees que podéis ganarnos siquiera en vanidad a las mujeres?»

Cuando volvió mi hermano, me lo llevé aparte y le dije: «Dada, las medicinas que me mandó tu médico, estoy segura que me habrían curado; pero desgraciadamente, yo equivoqué la bebida con la loción, y desde entonces mis ojos han ido de mal en peor. Y ahora tienen que operarme».

Mi hermano me dijo: «Tú has seguido haciendo lo que quería tu marido, y por eso he dejado de venir a verte».

«No», le respondí, «te aseguro que yo me curaba a escondidas con lo que me dijo tu médico».

¡Ay, cuántas mentiras tenemos que decir las mujeres! Cuando somos madres, mentimos para tranquilizar a nuestros hijos; cuando somos esposas, para tranquilizar a los padres de nuestros hijos. ¡Nunca nos vemos libres de la necesidad de mentir!

Mi engaño tuvo el buen efecto de acercar a mi marido y mi hermano. Este se culpaba de haberme hecho engañar a mi marido; y mi marido deploraba no haber seguido desde el primer momento los consejos de mi hermano.

Por fin, con el consentimiento de los dos, vino un médico inglés y me operó el ojo izquierdo. El ojo estaba ya muy débil para soportar la operación, y el último aleteo de la luz se apagó en él.

Después, el otro ojo se me perdió poco a poco en la oscuridad.

Un día, mi marido se acercó a mi cama: «No puedo hacerme el fuerte por más tiempo» me dijo. «Kumo, yo fuí quien te cegó».

Sentí que su voz se le ahogaba en llanto, y cojiendo su mano derecha con mis dos manos, le dije: «¡Pero si no hiciste más que tu deber! ¡Tú no has andado sino en lo que era tuyo! Imajínate que hubiese sido un médico desconocido el que me hubiese dejado sin vista; ¿qué consuelo podría yo tener ahora? Pero así, siento que cuanto ha sucedido era lo que me convenía, y mi gran alivio es saber que han sido tus manos las que se han llevado mis ojos. Cuando Ramchandra vió que no tenía más que un loto para adorar a Dios, le ofreció sus dos ojos en lugar del loto. Pues yo he dedicado mis ojos a mi Dios. Desde

hoy, siempre que tú veas algo que te dé alegría, tú tienes que contármelo a mí; y yo me mantendré con tus palabras como con un regalo divino que te sobrara de tu mirar».

Claro está que yo no quiero decir que le contestara todo esto en aquel instante, porque estas cosas no es posible decirlas en un momento angustioso; pero yo lo pensaba cada día, y cuando me sentía abatida o si, borrosa la luz de mi fervor, sentía compasión de mi mala suerte, me repetía aquellas palabras en mi pensamiento, una a una, como repite un niño una historia que le han contado. Y así conseguía respirar, otra vez, el aire sereno de la paz y del amor.

A mi marido, aquel día, sólo le dije lo bastante para que él viera lo que había en mi corazón.

«Kumo», me dijo, «lo que yo, necio, te hice, ya no tiene remedio; pero haré

una cosa: estaré siempre a tu lado y trataré de aliviar tu ceguera cuanto me sea posible».

«No», le dije yo, «eso no debe ser. No quiero que hagas de tu casa un hospital de ciegos. La única solución es que tú te vuelvas a casar».

Al tratar yo de esplicarle que era necesario que se volviera a casar, me em pezó a temblar la voz. Tosí, y trataba de esconder mi emoción, pero él estalló diciendo:

«¡Kumo, yo podré ser necio y pedante y todo lo que tú quieras, pero no villano! ¡Te juro solemnemente por Gopinat, el dios de mi familia, que yo no me volveré a casar nunca; y si lo hiciera, que el más odioso de todos los pecados, el parricidio, caiga sobre mi cabeza!»

¡Ay, yo no debí nunca haberle consentido que hiciese tan terrible jura-

mento! Pero las lágrimas me estaban ahogando, y la alegría me hacía sufrir de tal manera, que no pude decir una sola palabra. Escondí la cara en mi almohada, y sollocé, y sollocé. Al fin, cuando el primer diluvio de mis lágrimas se había pasado, cojí su cabeza contra mi pecho.

«¡Ay», le dije, «por qué has hecho ese juramento tan espantoso? ¿Te crees que yo te dije que te volvieras a casar por tu propio placer miserable? No, no; es que estaba pensando en mí, en que ella podría cumplir con los servicios que te daba yo cuando veía».

«¡Déjate de servicios», dijo él, «que ya lo harán todo los criados! ¿Te figuras que soy tan loco que vaya a traer a mi casa una esclava para que comparta el trono con mi Diosa?»

Diciendo «Diosa», levantó mi cara entre sus manos y me dió un beso en-

medio de las cejas. En aquel momento, el tercer ojo, el de la sabiduría divina, se abrió donde él me había besado; y me sentí realmente consagrada.

Y pensé: «Está bien. Ya no podré servirle en el mundo bajo de los cuidados caseros; me elevaré a una rejión más noble, y atraeré sobre él las bendiciones de lo alto. ¡No más mentiras, ni más decepciones! ¡Todas las pequeñeces y las hipocresías de mi vida de antes, quedarán muertas para siempre!»

Durante todo aquel día estuve luchando conmigo misma. La alegría de pensar que después de su solemne juramento era imposible que mi marido volviera a casarse, arraigaba profundamente en mi corazón, y yo no podía arrancármela. Aunque la Diosa nueva que había ocupado su nuevo trono en mí, decía: «Es posible que llegue un día en que a tu marido le convenga que-

brantar su juramento y volverse a casar.» Entonces, la mujer que había dentro de mí, replicaba: «Puede ser, pero un juramento es un juramento, y no hay modo de quebrantarlo». Pero la Diosa de mi corazón replicaba: «Esa no es razón para que te sientas triunfante.» Y la mujer que había dentro de mí contestaba: «Lo que dices es verdad; pero, sea como sea, él ha jurado...» La historia seguía y seguía. Al fin la Diosa frunció el ceño silenciosamente, y cayó sobre mí la sombra de un espantoso temor.

Mi marido, arrepentido de lo que había dicho, no dejaba que los criados trabajaran por mí, y tenía que hacerlo todo. Al principio sentí un gozo sin límites de depender así de él en cada cosilla. Era un medio de retenerle a mi lado, y mi deseo de que estuviera conmigo se había hecho imperioso desde que me quedé ciega. La parte de pre-

sencia suya que habían perdido mis ojos, se la disputaban mis otros sentidos. Y cuando él no estaba a mi lado, me parecía estar colgando en el aire, perdido mi afianzamiento en todas las cosas tanjibles.

En otro tiempo, cuando mi marido volvía tarde del hospital, yo me ponía en mi ventana abierta a mirar el camino, que era la cadena que unía su mundo con el mío. Ahora que con mi ceguera se había roto esta cadena, mi cuerpo todo salía en busca de él. El puente que nos unía había cedido, y no quedaba más entre los dos que el abismo infranqueable. Si él se iba de mí, el precipicio parecía abrirse del todo; y yo no podía hacer más que esperar que él volviera a cruzar de nuevo de su orilla a la mía.

Un afán tan ansioso, un depender tan completo, nunca son buenos. Una es-

posa es carga bastante para la conciencia de un hombre, y añadir a esta carga mi ceguera, era hacerle la vida insoportable a mi marido. Y juré que sufriría sola, que ya no lo envolvería más en las rondas de mi invasora oscuridad.

En un tiempo increíblemente corto, aprendí a hacer todos mis deberes caseros, ayudada por el tacto, el oido y el olfato. A decir verdad, pronto vi que podía arreglármelas mejor que antes, porque la vista nos distrae amenudo en vez de ayudarnos. Y sucedió que cuando estos inquietos ojos míos ya no podían hacer nada, mis demás sentidos se pusieron a lo suyo con tranquilidad y plenitud.

Cuando, a fuerza de constancia, supe hacerlo todo, ya no consentí a mi marido que me supliera más. Al principio, él se quejaba amargamente de

que con esto le privaba de su penitencia.

No me convenció. Dijera él lo que dijera, comprendía yo que él sentía un verdadero alivio con no tener ya mis quehaceres. Servir día tras día a una esposa ciega, no puede ser la vida de un hombre.

II

Mi marido terminó su carrera de médico, y dejó Calcuta para ir a ejercer a un pueblecito. Al llegar al campo, sentí, gozosa, a través de mi ceguera, que había vuelto a los brazos de mi madre.

Yo salí de mi aldea, para ir a Calcuta, cuando tenía ocho años. Habían pasado diez, y, en la gran ciudad, el recuerdo de mi casa de la aldea se había ido borrando poco a poco.

Mientras vi, Calcuta, con su ajetreo,

quitaba de mi vista el recuerdo de mis tempranos días. Pero cuando me quedé ciega, comprendí, por vez primera, que Calcuta sólo sedujo mis ojos, no mi pensamiento. En mi ceguera, las cosas de mi niñez brillaban de nuevo, como van brillando las estrellas, una a una, en el cielo del anochecer, al cabo del día.

Era en los comienzos de noviembre cuando salimos de Calcuta para Harsingpur. El lugar me era desconocido; pero los olores y los sonidos del campo se apiñaban, para abrazarme, a mi alrededor. El aire de la mañana, fresco de la tierra acabada de arar, el tierno y dulce olor de la mostaza florida, la lejana flauta del pastorcillo, el mismo quejido chirriante de las carretas de bueyes por el camino quebrado de la aldea, llenaban mi mundo de alegría. La memoria de mi vida pasada, con todas sus fragancias y sus ecos inefables, re-

sucitó ante mí, y mis ojos, como estaban ciegos, no podían decirme que me equivocaba. Volví a mi infancia, y la viví otra vez; pero mi madre no estaba conmigo.

Veía mi casa, y las grandes higueras de la orilla del charco de la aldea. Me imajinaba, con los ojos del pensamiento, a mi abuela viejecita sentada en el suelo, con las finas hebras de pelo sueltas, calentando su espalda al sol, mientras secaba las bolitas de las lentejas para la comida; pero no sé por qué, me era imposible recordar las canciones que ella siempre estaba canturreando con su voz trémula y frájil. Al anochecer, cuando me llegaba el mujir del ganado, casi podía seguir a mi madre andando por los establos, con el farol en la mano. El olor del forraje húmedo y el humo picante de la paja quemada se me entraban hasta el corazón. Y, a lo le-

jos, me parecía oir la campana del templo, en la brisa de la ribera.

Calcuta cuaja el corazón con su tumulto y su palabreo. Allí todos los deberes hermosos de la vida pierden su frescura y su inocencia. Recuerdo un día en que una de mis amigas vino y me dijo: «Kumo, ¿y te vas a quedar así? Si a mí me hubiera hecho eso mi marido, yo no hubiera vuelto jamás a pensar en él».

¡Quería que yo me indignase porque él había tardado tanto en llamar un médico! «Ya tengo bastante con mi ceguera», le dije yo. «¿Para qué complicar las cosas dejando que mi odio se desate contra él?»

Cuando oyó esta antigualla de labios de un retaco como yo, mi amiga sacudió la cabeza con gran desprecio, y se fué desdeñosa. Pero fuera la que fuera mi respuesta de aquel momento, las pa-

labras de ella dejaron su veneno en mi corazón para siempre.

Ya digo que Calcuta, con su interminable chismorreo, le endurece a uno el alma. Al volver al campo, todas mis primeras creencias y esperanzas, cuanto había sido la verdad de mi niñez, se volvió fresco y alegre de nuevo. Dios vino a mí y me llenó el corazón y la vida. Me incliné ante él y le dije: «Ha sido bueno que me hayas quitado los ojos. Tú estás conmigo».

¡Yo dije más de lo debido, ay! Todo lo que podemos decir es: «He de serte fiel.» Aun cuando nada nos quede, tenemos que seguir viviendo.

III

Pasamos juntos unos meses felices. Mi marido ganó fama como médico, y con la fama vino el dinero.

El dinero es malo. Yo no podría precisar ninguna cosa; pero como los ciegos tienen más finas las percepciones que los demás, iba yo notando que mi marido cambiaba con su fortuna.

De él más joven, tenía un claro sentido de la justicia, y me había hablado muchas veces de su ilusión de ayudar a los pobres cuando tuviese clientela propia. Sentía un noble desprecio por esos médicos que no toman el pulso de un enfermo pobre sin cobrar antes. Pero ahora yo notaba alguna diferencia en él. Se había vuelto estrañamente duro. Una vez que vino una mujer del campo y le rogó, de caridad, que le salvara la vida a su hija, se negó secamente. Y cuando yo misma le pedí que lo hiciera, lo hizo, pero sin interés y como para salir del paso.

Mientras fuimos menos ricos, a mi marido le repugnaban las habilidades

en materia de dinero, y era sumamente escrupuloso en estas cosas. Pero desde que tuvo su buena cuenta en el banco, se pasaba muchas veces las horas enteras discutiendo con algún bribón de administrador, asuntos que se veía claramente que no traerían ningún bien.

¡A lo que ha venido a parar! ¿Qué fué de aquel marido mío que yo conocí antes de estar ciega, el que me besó aquel día entre las cejas y me puso en un sagrario, sobre el altar de una diosa? Los que, en una repentina racha de pasión, caen por tierra, pueden volver a levantarse con un nuevo impulso de bondad. Pero aquellos que día tras día se van dejando secar las fibras de su conciencia, aquellos que se dejan ahogar poco a poco la vida interior por algún parasitismo de afuera, llegan el día menos pensado a una muerte sin remedio.

La separación que causa la ceguera

es la más pequeña insignificancia física. Pero ¡ay, qué ahogo encontrar que él ya no está conmigo donde estuvo aquella hora en que los dos sentimos mi ceguera! ¡Esta sí que es separación!

Yo, con mi amor fresco y mi fe inquebrantable, he seguido al amparo del santuario íntimo del corazón. Pero mi marido ha dejado la grata sombra de estas cosas sin edad, que nunca se marchitan. Con su loca sed de oro, está perdiéndose rápidamente en el seco desierto de lo estéril.

Algunas veces sospecho que no son las cosas tan malas como yo creo, que tal vez yo lo exajere todo porque estoy ciega; y que es posible que si yo hubiese tenido buenos mis ojos, hubiera aceptado el mundo como se me ofrecía. Este era al menos el modo de ver de mi marido. Estado de ánimo, fantasías, decía él.

Un día vino un viejo musulmán a casa

y le rogó a mi marido que fuera a ver a su nietecita. Oí que el viejo decía: «¡Babu, soy muy pobre, pero ven, que Alá te lo pagará!» Mi marido le respondió fríamente: «Alá no tiene nada que ver con esto. Lo que necesito saber es lo que puedes darme tú».

Al oirlo, yo me preguntaba dentro de mí que por qué Dios no me había dejado sorda a la vez que ciega. El viejo dió un hondo suspiro y se fué. Yo mandé a mi criada que fuera a buscarlo. Salí a la puerta de mi cuarto y le dí un poco de dinero.

«Haz el favor de aceptar esto que te doy», le dije, «y ve por un médico bueno para que cure a tu nietecita. Y... reza por mi marido».

En todo aquel día no pude comer nada. Cuando mi marido se levantó de su siesta, me dijo: «¿Qué tienes, que estás tan pálida?»

Estuve a punto de decirle como siempre: «No es nada». Pero los días de decepción se habían acabado, y le hablé claramente.

«He dudado», le dije, «durante muchos días, si debía decirte algo, y me ha sido difícil pensar con exactitud qué era lo que te quería decir. Ahora mismo quizás no pueda esplicarte lo que tengo en el pensamiento, pero estoy segura de que tú sabes lo que pasa. Nuestras vidas se han separado».

Mi marido se echó a reir forzadamente, y dijo: «El cambio es ley natural».

Le contesté: «Ya lo sé; pero hay cosas que son eternas».

Entonces se puso serio.

«Hay mujeres», dijo, «que tienen motivo verdadero para estar tristes; sus maridos no ganan dinero o no las quieren; pero tú te aflijes sin razón».

Me hice cargo de que mi ceguera me

había dado el poder de ver un mundo que está por encima de todo cambio. Sí, es verdad, yo no soy como otras mujeres. Y mi marido no me comprenderá nunca.

IV

Nuestras dos vidas siguieron así, aburridas y rutinarias, por algún tiempo. Luego hubo una interrupción en la monotonía. Una tía de mi marido vino a visitarnos.

Lo primero que ella soltó después de nuestro primer saludo, fué esto: «Bueno, Kumo, es un verdadero dolor que te hayas quedado ciega; pero ¿por qué impones tu desgracia a tu marido? Es preciso que le digas que se vuelva a casar».

Hubo un silencio difícil. Si mi marido hubiese contestado cualquier paparru-

cha, o se le hubiera reído en su cara, todo habría pasado; pero él tartamudeó y dudó, y dijo al fin de una manera nerviosa y tonta: «¿De veras crees eso, tía? ¡No, no debieras hablar así!»

Su tía se volvió a mí: «¿Es verdad que tengo razón, Kumo?»

Yo me reí secamente.

«¿No te parece mejor», le dije, «consultar a una persona más competente que yo? Ningún ladrón pide permiso al hombre a quien va a robar».

«Tienes mucha razón», replicó ella blandamente. «Abinash, hijo mío, luego hablaremos los dos, ¿no te parece?»

Pocos días después, mi marido le preguntó a su tía, delante de mí, si conocía a alguna muchacha de buena familia que pudiera venir a ayudarme en las cosas de la casa. Él sabía perfectamente que yo no necesitaba a nadie. Me quedé callada.

«¡Oh, hay muchas!», contestó su tía. «Mi prima tiene una hija que está en la edad de casarse, y todo lo buena que puedas desear. Su familia se pondría loca de contenta si te casaras con ella».

Él se rió otra vez con aquella risa falsa y vacilante, y dijo: «¿Pero quién ha hablado de matrimonio?»

«¿Pues tú crees», le preguntó su tía, «que una muchacha decente se va a venir a vivir a tu casa como no sea para casarse contigo?»

Él tenía que darle la razón a su tía. Permaneció nerviosamente callado.

Cuando él se fué, yo me quedé sola tras la puerta cerrada de mi ceguera. Llamé a mi Dios y le dije: «¡Dios mío, salva a mi marido!»

Al salir yo, días después, del santuario familiar, de hacer mi oración matutina, la tía de mi marido me cojió las manos con afecto.

«Kumo», me dijo, «aquí está la muchacha de quien hablábamos el otro día. Se llama Hemanjini, y se alegraría muchísimo de conocerte. Anda, Hemo, ven, que te voy a presentar a tu hermana».

Mi marido entraba en aquel momento en el cuarto. Finjióse sorprendido de ver a la muchacha desconocida, e iba a retirarse; pero su tía le dijo: «Abinash, hijo, ¿a qué te vas? Esta es la hija de mi prima, Hemanjini, que viene a verte. Anda, Hemo, salúdalo».

Como si le hubiera cojido por completo de sorpresa, él comenzó a hacer preguntas a su tía sobre cuándo, y por qué, y cómo había venido la muchacha.

Yo comprendía la vaciedad de todo aquello. Cojí a Hemanjini de la mano y la llevé a mi cuarto. Le acaricié suavemente la cara, los brazos y el pelo, y

comprendí que tenía unos quince años y que era hermosísima.

Mientras le tocaba la cara, ella se echó de pronto a reir, y dijo: «¿Pero qué estás haciendo? ¿Me estás hipnotizando?»

Su dulce reir sonoro se llevó en un instante todas las nubes negras que había entre nosotras. Yo eché mi brazo derecho alrededor de su cuello.

«¿No comprendes que estoy queriendo verte?», le dije. Y volví a acariciarle su cara dulce con mi otra mano.

«¿Verme?», dijo con nueva esplosión de risa. «¿Soy acaso algún aguacate de tu huerto, que tienes que palparme toda para ver si estoy tierna?»

De pronto pensé que ella no sabía que yo había perdido la vista.

«Hermana, estoy ciega», le dije.

Se quedó callada. Yo sentía sus grandes ojos jóvenes curioseando mi cara, y

sabía que estaban llenos de lástima. Luego se puso pensativa, y dudó, y dijo al fin: «¡Ay, ya lo comprendo todo! Por eso tu marido invitó a su tía a que viniera».

«No», contesté, «no. Él no la ha invitado. Ella ha venido porque ha querido».

Hemanjini soltó otra carcajada. «Eso es muy de mi tía», dijo. «¡Qué cosa tan bonita venir sin ser llamada! Pero ahora que ha venido, no conseguirás que se vaya en un poco de tiempo. Ya lo verás».

Se calló y se quedó dudosa. «¿Y por qué me mandaría mi padre a mí?», dijo. «¿Me lo quieres decir?»

La tía había entrado en el cuarto. Hemanjini le dijo: «¿Cuándo piensas irte, tía?»

Esto desconcertó a su tía.

«¡Qué preguntas!», dijo. «No he visto

persona tan inquieta como tú. Acabamos de llegar, y ya estás preguntando cuándo nos vamos».

«Todo esto está muy bien para ti», dijo Hemanjini, «porque esta casa es de parientes cercanos tuyos; pero yo, yo no me puedo quedar más tiempo». Y me cojía la mano: «¿Qué dices tú, hermana?»

La apreté contra mi corazón, y no dije nada. La tía no sabía por dónde salir. Sentía que no dominaba la situación, conque se le ocurrió que su sobrina se fuera con ella al baño.

«No; nosotras dos vamos a ir juntas», dijo Hemanjini, cojiéndose a mí. Su tía consintió, temiendo que no conseguiría nada a la fuerza.

Al bajar al río, Hemanjini me preguntó: «¿Por qué no tienes hijos?»

Le respondí sobresaltada: «¡Qué sé yo! Porque mi Dios no me los ha dado. No hay otra razón».

«No; esa no es razón», dijo, brusca, Hemanjini. «Tú debes haber cometido algún pecado. Mira si nó, mi tía; tampoco los tiene, y es por su mal corazón. Pero en el tuyo, ¿qué maldad puede haber?»

Sus palabras me dolían. Yo no sé solución ninguna para el problema del mal. Suspiré profundamente, y dije en el silencio de mi alma: «¡Dios mío, tú sabes la razón!»

«¡Santo Dios!», esclamó Hemanjini. «¿Por qué suspiras así? ¡Nadie me toma en serio!»

Y su risa resonaba por el río.

V

Supe después que los deberes profesionales de mi marido sufrían constantes interrupciones. Se negaba a toda lla-

mada distante, y volvía aprisa de sus visitas más cercanas.

Antes, sólo podía venir a nuestras habitaciones durante la comida del mediodía y por la noche. Pero ahora, con una ansiedad ridícula por las comodidades de su tía, entraba a visitarla a toda hora. Yo sabía en el acto cuando él entraba en el cuarto de su tía, porque ella gritaba a Hemanjini que le trajera un vaso de agua. La muchacha, al principio, le hacía caso; después, se negó por completo.

La tía la llamaba con voz dengosa: «¡Hemo, Hemo, Hemanjini!» Pero la muchacha se me abrazaba con un impulso compasivo. No sé qué sentimiento de temor y de pena la hacían callarse. Algunas veces se encojía contra mí como acorralada, sin saber qué le estaban preparando.

Por entonces, mi hermano vino de

Calcuta a verme. Yo sabía lo buen observador que él era y qué recto. Temí que mi marido iba a tener que justificarse ante él y que sufrir su acusación; así es que hice cuanto pude para esconder la verdad tras una careta de bulla y alegría. Creo que exajeré, porque aquello no era mi natural.

Mi marido comenzó a inquietarse sin disimulo, y le preguntó a mi hermano cuánto tiempo pensaba estar con nosotros. Luego, ya no pudo contenerse más, y estaba con él casi insultante. A mi hermano no le quedó otro remedio que irse. Cuando se iba, me puso la mano en la cabeza y allí la tuvo un rato. Yo noté que le temblaba. Y al darme, callado, su bendición, sentí que se le caía una lágrima.

Recuerdo bien que era un anochecer de abril y que había mercado. La jente que había venido al pueblo, empezaba

ya a volverse. Parecía que una tormenta estuviera amenazando por los aires. La humedad del viento y el olor de la tierra mojada lo penetraban todo. Yo nunca tengo encendida la lámpara de mi alcoba cuando estoy sola, no vayan a prenderse mis ropas o a ocurrir cualquier otra cosa mala. Me senté a oscuras en el suelo, y llamé al Dios de mi mundo negro.

«¡Dios mío», le decía, «me escondes tu cara y no te puedo ver! ¡Estoy ciega! ¡Me agarro con toda mi fuerza a este timón roto de mi corazón, pero ya me sangran las manos! ¡Las olas son ya demasiado fuertes para mí! ¿Cuánto tiempo me tendrás en esta prueba, Dios mío, cuanto tiempo?»

Dejé caer mi cabeza sobre la cama y comencé a sollozar. Sentí que la cama se movía un poco, y me encontré conmigo a Hemanjini. Ella se cojió a mi

cuello, y me secaba las lágrimas en silencio. No sé por qué había estado esperando aquella noche en mi alcoba, por qué se había quedado allí sola, acostada en la penumbra. No me dijo una sola palabra. Puso nada más su mano fresca en mi frente, me besó y se fué.

A la mañana siguiente, Hemanjini le dijo a su tía delante de mí: «Si tú quieres seguir aquí, puedes seguir. Yo me voy a mi casa con nuestra criada».

La tía le dijo que no tenía necesidad de irse sola, que ella se iba también. Y, con sonrisas y afectaciones, sacó, por lo que pude comprender, de un estuche de felpa, una sortija de perlas.

«Mira, Hemo», dijo, «qué sortija tan preciosa te ha traído mi Abinash».

Hemanjini le arrancó la sortija de la mano.

«Mira tú, tía», contestó rápida, «mira

qué buena puntería tengo». Y tiró el anillo por la ventana al estanque.

La tía, sorprendida, irritada, indignada, se puso como un erizo. Vino a mí y me cojió la mano.

«Kumo», me repetía, «no le digas a Abinash lo que ha hecho esta niña caprichosa, porque se enfadaría mucho».

Le aseguré que no tenía que temer, que por mí no habría él de saber una palabra.

Al otro día, antes de salir para su casa, Hemanjini me abrazó y me dijo: «Hermana mía, no me olvides».

Le acaricié su cara, despacio, con mis manos, y le dije: «Hermana, los ciegos tienen larga la memoria».

Atraje su cabeza hacia mí, y la besé en el pelo y en la frente. Mi mundo se volvió de pronto gris. Toda la hermosura, la alegría, la tierna juventud que habían anidado junto a mí, se fueron con

Hemanjini. Yo andaba a tientas por todas partes, con los brazos tendidos, buscando, buscando en mi mundo vacío.

Mi marido entró. Afectaba sentirse muy aliviado con la marcha de ellas, pero cuanto se le ocurría decir era exajerado y necio. Quería hacerme ver que la visita de su tía le había quitado tiempo y trabajo.

Hasta entonces sólo había existido entre él y yo la valla de mi ceguera. Ahora había otra: este pensado silencio sobre Hemanjini. Él finjía completa indiferencia; pero yo sabía bien que tenía correo acerca de ella.

Entraba mayo. Una mañana, mi doncella vino a mi cuarto diciéndome: «¿Para qué serán esos preparativos que están haciendo en el muelle? ¿A dónde se va el amo?»

Comprendí que algo se venía enci-

ma; pero dije a la doncella: «No sé nada».

Ella no se atrevió a decirme más, y se fué suspirando.

Aquella noche, ya tarde, mi marido vino donde yo estaba.

«Tengo que ir a ver a un enfermo en el campo», me dijo. «Saldré por la mañana temprano, y quizás tenga que estar fuera dos o tres días».

Me levanté de mi cama, fuí a él y le grité: «¿Por qué mientes?»

Él tartamudeó: «¿Qué... qué mentiras... te he dicho yo?»

Le contesté: «¡A lo que vas es a casarte!»

Se quedó callado. No se oía por el cuarto el más leve ruido. Yo rompí el silencio.

«¡Respóndeme», esclamé. «¡Dime que sí!»

El contestó: «Sí», como un eco débil.

Yo grité alto: «¡No, jamás te lo permitiré! ¡Yo te salvaré de esta ruina inmensa, de este pecado horrible! Si no lo consigo, ¿para qué soy tu mujer?, ¿para qué he adorado en mi vida a mi Dios?»

Se quedó quieto el cuarto como una piedra. Yo me caí al suelo y me cojí a las rodillas de mi marido.

«¿Qué te he hecho yo?», le pregunté. «¿En qué te he faltado? Dímelo de veras, ¿por qué quieres otra mujer?»

El respondió tranquilo: «Te diré la verdad. Te temo. Tu ceguera te ha encerrado en una fortaleza donde yo no puedo entrar. Para mí no eres ya una mujer. Me impones como mi Dios. No me es posible vivir mi vida diaria contigo. Yo necesito una mujer, sólo una mujer vulgar a quien yo pueda reñir, sonsacar, mimar...»

«¡Ay, ábreme el corazón, y ve! ¿Qué

soy yo sino una mujer como otra cualquiera?», le dije. «¿Qué soy más que la misma muchacha que era cuando me casé contigo, una niña que necesita creer, confiar, adorar?»

No sé exactamente todo lo que dije. Sólo recuerdo bien ésto: «Si soy esposa leal, que Dios me sirva de testigo de este juramento: ¡Tu nunca cometerás esa acción infame! ¡Nunca quebrantarás tu juramento! ¡Antes de tal sacrilejio, sea yo viuda, o muera Hemanjini!»

Me caí al suelo desmayada. Cuando volví en mí, aún era de noche, y los pájaros estaban callados todavía. Mi marido se había ido.

Estuve todo el día sentada en el santuario de la casa, rezando. Al oscurecer, una terrible tormenta lo conmovió todo con truenos, relámpagos y lluvia. Acurrucada ante el altar, yo no rogué a Dios que salvara a mi marido de la tor-

menta, aunque él debía estar en peligro por el río. Sólo pedí que, fuese de mí lo que fuese, librara a mi marido de aquel pecado horrendo.

Pasó la noche. Todo el día siguiente estuve también rezando. Por la tarde sacudieron y golpearon la puerta. Cuando la puerta cedió al fin, me encontraron tendida en el suelo, sin sentido, y me llevaron a mi cuarto.

Volviendo en mí, oí que alguien me susurraba al oído: «Hermana».

Me hallé acostada en el cuarto, con mi cabeza en la falda de Hemanjini. Al mover mi cabeza, crujieron sus sedas de novia.

¡Dios mío, Dios mío, mi oración no había sido escuchada! ¡Había caído mi marido!

Hemanjini inclinó su cabeza, y me dijo con dulzura: «Hermana mía, vengo a pedirte que bendigas nuestro matrimonio».

Todo mi ser se endureció como el tronco de un árbol herido por el rayo. Me incorporé y dije dolorosamente, no sé cómo: «¿Por qué no he de bendecirte? ¿Qué mal has hecho tú?»

Hemanjini se echó a reir con su risa alegre. «¿Mal?», dijo. «Cuando tú te casaste estaba todo bien. Ahora que me caso yo, lo llamas mal».

Traté de sonreir para responder a su risa, y dije con el pensamiento: «No es mi oración lo definitivo en el mundo, sino Su voluntad. ¡Que caigan los golpes sobre mí, pero que dejen intactas mi fe y mi esperanza en Dios!»

Hemanjini se prosternó y tocó mis pies. «Sé feliz», le dije, bendiciéndola, «y que disfrutes de dichas sin fin».

Pero Hemanjini no tenía bastante con eso. «Hermana mía», dijo, «¿sólo me vas a bendecir a mí? ¿No quieres completar nuestra dicha? ¡Que estas santas manos

tuyas acepten también en tu hogar a mi marido! ¡Deja que te 'o traiga!»

Le dije: «Tráelo».

Oí entonces unos pasos conocidos y una pregunta: «¿Cómo estás, Kumo?»

Me incorporé de repente, me incliné hasta el suelo y grité: «¡Dada!»

Hemanjini se echó a reir.

«¿Pero todavía lo llamas Dada? ¡Valiente disparate! ¡Llámalo hermano menor, y tírale de las orejas, y búrlate de él porque se ha casado conmigo, tu hermanita pequeña!»

Lo comprendí todo. Mi marido había sido salvado de aquel pecado horrible. No había caído.

Yo sabía que mi hermano tenía resuelto no casarse nunca; y desde que mi madre había muerto, no existía ya su sagrado deseo que le pidiera el matrimonio. Pero ahora, por la gran necesi-

dad de su hermana, lo había hecho. ¡Sí, se había casado por mi amor!

Lágrimas de alegría brotaron de mis ojos y se derramaron por mis mejillas. Quería contenerlas, pero no podía. Mi hermano, dulce, me acariciaba el pelo entre sus dedos. Hemanjini se cojía a mí, riendo siempre.

Estuve despierta en mi cama casi toda la noche, esperando, escitada y ansiosa, que volviera mi marido. No podía yo pensar cómo soportaría él aquella vergüenza y aquella desilusión.

De madrugada, la puerta se abrió despacio. Me senté en mi cama y escuché. Eran los pasos de mi marido. Mi corazón latía loco. Él se acercó a mi cama y cojió mi mano en la suya.

«Tu hermano», me dijo, «me ha salvado. Un torbellino de locura me arrastraba al abismo. Se había apoderado de mí un frenesí, del que no me pa-

recía poder escapar. Sólo Dios sabe lo que pesaba sobre mí al embarcarme. Cuando bajó la tormenta por el río y cubrió el cielo, en medio de mi espanto, tenía en mi corazón un secreto deseo de ahogarme y desenredar así mi vida del laberinto en que yo mismo la había metido. Al llegar a Mathurganj, me dieron la noticia, que fué mi libertad. Tu hermano se había casado con Hemanjini. No podré esplicarte qué alegría y qué vergüenza sentí oyéndolo. Corrí, de nuevo, a embarcarme. En aquel instante de propia revelación, comprendí que sólo podía ser feliz contigo, que eres una Diosa».

Yo reía y lloraba, diciendo: «¡No, no, no! ¡Ya no quiero más ser Diosa! ¡No soy más que tu mujer, la más vulgar de las mujeres!»

«También yo quiero decirte una cosa,

Kumo. No me avergüences más llamándome tu Dios».

Al día siguiente, resonaron por el pueblecillo las alegres caracolas. Y nadie hizo la menor alusión a aquella noche de delirio en que todo estuvo a punto de perderse.

9

LOS BABUS DE NAYANJORE

I

En otro tiempo, los Babus de Nayanjore tenían fama de ricos propietarios y brillaban por su derroche de príncipes. Le arrancaban la orilla a sus muselinas de Dacca para que no les lastimase la piel; se complacían en gastar miles de miles de rupias en las bodas de un gatito; y en no sé qué ocasión memorable, se cuenta que para hacer día la noche, encendieron infinitas luminarias y derramaron hilos de plata por el cielo, a fin de semejar la luz del sol. Todo esto era allá en el año de la nana; luego, la descendencia de los antiguos

Babus de hábitos señoriales no pudo ya continuar así. Como una lámpara con demasiadas torcidas, el aceite se fué pronto en luces, y al fin la luz se apagó.

Kailas Babu, nuestro vecino, es la última pavesa de esta magnificencia estinguida. Siendo él niño todavía, su familia estaba ya casi arruinada. Cuando murió su padre, hubo un estallido deslumbrador de derroche funerario, y después, la insolvencia. Tuvieron que vender cuanto tenían, para pagar la deuda; y el poquillo de dinero contante y sonante que les quedó, no bastaba para seguir con los antiguos esplendores.

Así, pues, Kailas Babu dejó Nayanjore y se vino a Calcuta. Su hijo no vivió mucho tiempo en este mundo de glorias marchitas. Y al morir, dejó una sola hija.

En Calcuta, somos vecinos de Kailas Babu. La historia de nuestra familia es

precisamente la contraria de la de la suya. Mi padre hizo su fortuna por su propio esfuerzo, y su orgullo fué no gastar nunca un céntimo más de lo necesario. Vestía como los trabajadores, y sus manos eran también como las de ellos. Nunca se le hubiera ocurrido conseguir el título de Babu por el gusto de lucir derrochando, y yo, su hijo único, no le debo más que gratitud. Me dió la mejor educación, y así pude abrirme camino en el mundo. Yo no siento vergüenza ninguna de confesar que lo que soy me lo debo a mí mismo. Los flamantes billetes de banco de mi caja de hierro, me son mucho más queridos que el mejor árbol jenealójico en un vacío arcón familiar.

Quizás fuese por esto por lo que me molestaba tanto ver a Kailas Babu firmando cuantiosos cheques contra el crédito de aquel banco fracasado de su

vieja reputación de Babu. Yo creo que él, como mi padre se había ganado su fortuna con sus propias manos, me miraba con cierta condescendencia.

Debía yo haber comprendido que yo era el único que se indignaba con él. Verdaderamente, hubiera sido difícil encontrar un viejo más inofensivo. No dejaba pasar la menor ocasión, alegre o triste, de demostrar con pequeños cumplidos su cortesía; se unía a todas las ceremonias y procesiones relijiosas de sus vecinos; su sonrisa familiar daba por igual el parabién a jóvenes y a viejos; y su amabilidad al interesarse por este o el otro detalle casero, era infatigable. Los amigos con quienes se encontraba en la calle, tenían que soportar una larga serie de preguntas así: «Querido amigo, ¡cuanto gusto de verte! ¿Estás bien? Y Shashi, ¿como está? ¿Y Dada? ¿Sabes lo que acaban de de-

cirme? Que el hijo de Madhu está con calentura. ¿Has oído algo? ¿Y Hari Charan Babu? Hace mucho que no le veo. Espero que estará bueno. ¿Y a Rakkhal, qué le pasa? ¿Y las... y las... y las señoras?»

Kailas Babu era intachablemente pulcro en su vestir, aunque su ropa fuese poca y triste. Todos los días sacaba cuidadosamente sus camisas, sus chalecos, sus chaquetas y sus pantalones, y los tendía al sol, con la colcha de su cama, la funda de su almohada y la esterilla que tenía para sentarse. Cuando se había ventilado todo, lo sacudía, lo cepillaba y lo colgaba de nuevo. Algunos mueblecitos daban decencia a su pobre cuarto, y parecían indicar que había otros guardados para cuando hiciesen falta. A menudo, por estar fuera el criado, cerraba un rato la casa y se planchaba su ropa blanca él mismo, y

hacía otras humildes tareas. Luego, abría la puerta y recibía de nuevo a sus amistades.

Aunque Kailas Babu, como he dicho, se había quedado sin sus fincas, conservaba todavía alguna que otra cosilla heredada. Tenía un tarro de plata para rociar perfumes, una caja de filigrana para polvo de rosas, una bandejita de oro, un valioso chal antiguo y un viejo traje de ceremonia con su turbante centenario; todo lo cual había podido librar, con grandes apuros, de las garras de los prestamistas. Siempre que venía a pelo, él lo sacaba todo con gran aparato, tratando así de salvar la dignidad, famosa en el mundo, de los Babus de Nayanjore. Era en el fondo el más humilde de los hombres, pero consideraba un sagrado deber jerárquico hacer gala en su conversación diaria de su orgullo de familia. Sus amigos fomentaban esta

debilidad suya con un bondadoso buen humor, divirtiéndose con ello grandemente.

Pronto todo el vecindario le llamó Thakur Dada. * Iban a verle en tropel, y se estaban con él horas y horas. Para que no tuviese que hacer gasto alguno, cualquiera de sus amigos le llevaba tabaco, y le decía: «Thakur Dada, prueba este tabaco que he recibido esta mañana de Gaya, a ver qué te parece».

Thakur Dada lo probaba, y decía: «Es escelente». Y se ponía a contar de cierto esquisito tabaco que fumaban ellos en los viejos días de Nayanjore y que costaba a onza la onza.

«Tal vez», solía añadir, «tal vez le gustaría a alguno de vosotros probarlo. Voy a buscar ahora mismo un poquito que me queda».

Sabían todos que si lo aceptaban, se

* Abuelo.

habría perdido la llave del armario, o si no Ganesh, su viejo criado, lo habría escondido en alguna parte.

«No es posible saber», añadía, «dónde ponen las cosas los criados, cuando andan con ellas. ¡Por vida de Ganesh! No os podéis figurar lo tonto que es; pero me da lástima despedirlo».

Ganesh, por el buen nombre de la casa, siempre estaba dispuesto a cargar con todas las culpas, sin la menor protesta.

Entonces, cualquiera de los presentes decía: «No importa, Thakur Dada. Haz el favor de no molestarte. Con este tabaco que estamos fumando nos podemos arreglar perfectamente. El otro sería, sin duda, demasiado fuerte».

Thakur Dada sentía un gran alivio, se sentaba de nuevo en el suelo, y seguía hablando.

Cuando se iban las visitas, Thakur

Dada las acompañaba hasta la puerta, y, ya en el escalón, decía: «Bueno, ¿y cuándo vendréis todos a cenar conmigo?»

Uno de nosotros contestaba: «Ya vendremos, Thakur Dada, ya vendremos cualquier día de estos».

«Bueno», seguía él, «bueno; mejor será esperar a que llueva, porque ahora hace demasiado calor, y una comida como la que yo os pienso dar, nos sen taría mal a todos».

Llegadas las lluvias, todos teníamos buen cuidado de no recordarle la promesa. Si la cosa venía sola, alguien observaba amablemente que era muy incómodo andar por las calles con aquel agua, que sería mucho mejor esperar a que hubiese pasado. Y así continuaba el juego.

Su triste casa era demasiado pequeña para su rango, y solíamos dolernos con

él del asunto. Le asegurábamos que comprendíamos sus dificultades, que era casi imposible encontrar en Calcuta una casa medio decente. En realidad, sus amigos le habían buscado casa adecuada para él año tras año; pero, claro está, ninguno había sido tan tonto que la hubiese encontrado. Thakur Dada solía decir, con un gran suspiro de resignación: «Bueno, bueno, tendré que seguir aquí». Y añadía con una sonrisa bondadosa: «De todos modos, ya sabéis que yo no podría vivir lejos de mis amigos. Esto, en realidad, me recompensa de todo».

No sé por qué, estas cosas me molestaban mucho. Yo creo que la razón era que cuando un hombre es joven, la estupidez le parece el peor de los crímenes. Y no es que Kailas Babu fuese tonto, no. Todos le consultaban en sus negocios corrientes. Pero en tratándose

de Nayanjore, cuanto decía era una simpleza; y como, por un induljente afecto divertido, nadie contradecía sus imajinaciones locas, él no les ponía límite. Si alguno relataba ante él la gloriosa historia de Nayanjore, asentía a las más absurdas y exajeradas fantasías con la mayor gravedad. Jamás dudaba, ni aun en sueños, que los demás pudiesen creer lo que él decía.

II

Cuando me paro a analizar mis pensamientos y mis sentimientos sobre Kailas Babu, comprendo que había una razón más honda para mi antipatía. Me esplicaré.

Aunque soy hijo de rico y podía haber perdido el tiempo en mis estudios, saqué muy joven, y a fuerza de trabajar,

mi título de doctor en la Universidad de Calcuta. Mi conducta era intachable; mi apariencia, tan hermosa, que si yo me llamase guapo, podría decirse que yo estaba prendado de mí mismo, pero nunca que era mentira.

No cabía duda de que, entre los jóvenes de Bengala, yo era mirado por los padres como un escelente partido. Comprendiéndolo así, decidí sacar la mayor ganancia posible en el mercado del matrimonio. Me veía elijiendo la hija única de un hombre rico, maravillosamente bella y educada a la perfección. Las proposiciones me llovían de todas partes, con ofrecimientos de sumas considerables. Yo las pesaba con inflexible imparcialidad en la balanza sutilísima de mi egoísmo, y nunca encontraba mujer digna de ser mi compañera. Como el poeta Bhabavuti, llegué al convencimiento de que:

en el tiempo infinito y en el ilimitado espacio de este [mundo,
quizás naciera al fin una que igualase a mi gracia [soberana;

pero en estos míseros tiempos modernos y en este pobre rincón de la Bengala de hoy, era dudoso que existiera aún ser tan estraordinario.

Entretanto, mis alabanzas eran cantadas con diversa melodía y arte distinto por cien padres calculadores.

Me gustaran o no sus hijas, la reverencia que ellos me ofrecían no me era desagradable, y yo la consideraba como debida a mi bondad. Se dice que los dioses, aunque nieguen sus favores a los mortales, les exijen adoración ferviente; y si éstos no lo hacen así, se incomodan. Esta exijencia divina estaba bastante desarrollada en mí.

Ya he dicho que Thakur Dada sólo

tenía una nieta. Yo la había visto mil veces, y jamás caí en la tontería de creerla bonita, y mucho menos de pensar que ella pudiera ser mi pareja. Sin embargo, me parecía seguro que el día menos pensado Kailas Babu me la ofrecería con la debida devoción, como un tributo a mi altar. Realmente, y este era el secreto de mi antipatía, yo empezaba a molestarme de que no me la hubiese ofrecido aún.

Yo había oído decir que él contaba a sus amigos que los Babus de Nayanjore jamás pedían gracia alguna; y que aunque la muchacha se quedara sin casar, él no quebrantaría esta tradición de familia. Esta arrogancia suya me molestaba grandemente. Mi indignación ardió sin llama algún tiempo; pero como yo era tan bueno, no decía nada y lo sufría todo con la mayor paciencia.

De igual modo que el relámpago vie-

ne con el trueno, en mí, un destello de buen humor solía unirse al refunfuño de la cólera. Era imposible, naturalmente, que yo castigase al viejo sólo por desahogarme, y durante mucho tiempo yo no hice nada; pero un día se me metió de pronto en la cabeza una idea tan agradable, que no pude resistir a la tentación de ponerla en práctica.

He contado antes, que muchos de los amigos de Kailas Babu solían adularlo en su vanidad hasta lo infinito. Uno de ellos, que era antiguo empleado del gobierno, le había dicho que siempre que veía al Chota Lord Sahib, éste le preguntaba qué sabía de los Babus de Nayanjore, y que el Chota Lord había dicho que las únicas familias respetables de toda Bengala, eran la del Maharajah de Burvan y la de los Babus de Nayanjore. Cuando Kailas Babu oyó esta mentira monstruosa, se sintió sumamente

complacido, y repetía el cuento a cada instante. Y siempre que se encontraba con jente al empleado del gobierno, le preguntaba entre otras cosas:

«Bueno, bueno, y cómo está el Chota Lord Sahib? ¿Dices que muy bien? ¡Cuánto me alegro! Y mi querida Mem Sahib, ¿está también buena? ¿Y los niños? ¡Qué gusto saber que siguen todos tan buenos! No dejes de darles memorias mías cuando los veas».

Kailas Babu hablaba constantemente de ir a ver al Sahib. Pero vendrían y se irían muchos señores Chota y muchos señores Burra, y bajaría mucha agua por el Hoogly, antes de que la carroza milenaria de los Nayanjore pudiese estar en condiciones de ir al Palacio del Gobierno.

Un día, llamé aparte a Kailas Babu y le dije en voz baja: «Thakur Dada, ayer estuve en la recepción, y habiendo

nombrado el Chota Lord casualmente a los Babus de Nayanjore, le dije que Kailas Babu había venido a Calcuta. No puedes figurarte lo resentido que está de que no hayas ido a visitarle. Me dijo que iba a dejarse de etiquetas y que pensaba venir a verte particularmente esta misma tarde».

Otro cualquiera se hubiese dado cuenta en el acto de que aquello era una broma, y Kailas Babu mismo, si se hubiese dicho a otro, habría comprendido la verdad. Pero después de todo lo que le había contado su amigo el del gobierno, y de sus propias exajeraciones, le parecía lo más natural del mundo que el subgobernador viniese a visitarlo. La noticia lo puso muy nervioso. Cada detalle de la visita en perspectiva lo alteraba, especialmente su ignorancia del inglés. ¿Cómo se podría arreglar esta dificultad? Yo le dije

que no la había, que era muy aristocrático desconocer el inglés, y además que el subgobernador llevaba siempre consigo un intérprete; y, sobre todo, que había dicho que la visita sería particular.

A eso del mediodía, cuando nuestros vecinos estaban unos trabajando y otros durmiendo, un coche de dos caballos se detuvo a la puerta de Kailas Babu. Dos lacayos de librea subieron la escalera, y anunciaron en voz alta que el Chota Lord Sahib había llegado. Kailas Babu lo estaba ya esperando, vestido con su antiguo traje de ceremonia y tocado de su turbante ancestral. Tenía con él a Ganesh, a quien había puesto el mejor traje suyo. Cuando oyó anunciar la llegada del Chota Lord Sahib, Kailas Babu corrió anhelante y tembloroso a la puerta, e hizo pasar al visitante, que era un amigo mío disfrazado. Le hacía saludo tras saludo, andando para

atrás, como Dios le daba a entender, e inclinándose profundamente a cada paso. Había tendido su antiguo chal de familia sobre la dura silla de madera, y rogó al Sahib que tomara asiento. Entonces pronunció un altisonante discurso en urdu, la antigua lengua cortesana de los sahibs, y ofreció al visitante, sobre su bandeja de oro, una sarta de mohurs de oro, últimos restos de su perdida fortuna. Ganesh, el viejo criado de familia, con una espresión de respeto rayana en el espanto, estaba de pie, detrás del Sahib, remojándolo con el pulverizador de esencias y tocándole, con gran cuidado, de vez en cuando, con la caja de filigrana del polvo de rosas.

Kailas Babu espresó repetidamente su sentimiento de no poder recibir a su señoría el Bahadur con toda la inmemorial magnificencia propia de su palacio de Nayanjore. Allí sí podía haberlo acojido

con la debida ceremonia; pero en Calcuta él no era más que un estraño, un transeunte, un pez fuera del agua, como quien dice.

Mi amigo, con su sombrero de copa puesto, asentía gravemente. No necesito decir que, según la costumbre inglesa, debió haberse quitado el sombrero al entrar; pero no se atrevía a quitárselo temiendo ser conocido. Y Kailas Babu y su criado parecían sublimemente ajenos a esta descortesía.

Después de la entrevista, que duró unos diez minutos y que consistió principalmente en reverencias, mi amigo se levantó para despedirse. Los dos lacayos, según estaba concertado de antemano, se llevaron aparatosamente la sarta de mohurs y la bandeja de oro, el viejo chal, el pulverizador de plata y la caja de filigrana del polvo de rosas, y lo colocaron todo, con gran pompa, en

el coche, cosa que Kailas Babu consideró como costumbre corriente de los Chota Lord Sahibs.

Yo, desde un cuarto inmediato, lo estaba viendo todo. Ya me dolía el costado de tanto aguantar la risa, y al fin, no pudiéndome contener, me fuí corriendo al cuarto último. De pronto, en un rincón, vi a una jovencita, que sollozaba como si se le fuera a romper el corazón. Al verme riendo de aquel modo, se puso de pie en un arranque de indignación y, clavando sus grandes ojos negros relampagueantes en los míos, me dijo con una voz que se le anegaba en lágrimas: «¿Qué mal te ha hecho mi abuelo para que hayas venido a engañarlo de este modo? ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué...?»

No pudo más. Ocultó su cara entre sus manos, y rompió en sollozos.

Se me fué la risa. A mí no se me ha-

bía ocurrido que aquello pudiese ser sino una broma graciosa a más no poder, y, de pronto, descubría que había causado el dolor más terrible a aquel corazón tierno. Lo feo de mi crueldad se levantó ante mí, condenándome. Y me fuí cabizbajo, sin decir nada, como un perro pateado.

Hasta entonces, Kusum, la nieta de Kailas Babu, había sido para mí cosa de poco valor en el mercado del matrimonio, una mujer que esperaría en vano la llegada del marido. Pero ahora veía, sorprendido, que en aquel rincón de aquel cuarto latía un verdadero corazón.

Pasé la noche sin dormir, ajitado de pensamientos. El día siguiente, muy temprano, llevé todo lo robado a casa de Kailas Babu, con la idea de entregarlo secretamente a Ganesh. Esperé fuera, y no viendo a nadie, subí al cuarto de

Kailas Babu. Desde el corredor oí a Kusum que preguntaba cariñosamente a su abuelo: «Dada mío, dime todo lo que el Chota Lord Sahib te dijo ayer. ¡Anda, y no te olvides de nada, que me da mucha alegría volverlo a oir todo otra vez!»

Dada no necesitaba más. Radiante de orgullo, relataba todas las alabanzas que el Sahib había hecho, amablemente, de las antiguas familias de Nayanjore. La muchacha estaba sentada ante él, mirándolo y oyéndolo arrobada, dispuesta, por amor a su abuelo, a hacer su papel hasta el fin.

Mi corazón se conmovió profundamente, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Mientras Thakur Dada estuvo embelleciendo con su palabra la maravillosa visita del Chota Lord Sahib, aguardé callado en el corredor. Cuando salió del cuarto, entré con las cosas ro-

badas, las puse a los pies de la muchacha, y me volví sin decir nada.

El mismo día, más tarde, volví a ver a Kailas Babu. Según nuestras feas costumbres modernas, yo nunca había hecho reverencia alguna al anciano al entrar en su cuarto; pero entonces lo saludé humildemente hasta tocarle los pies. Sin duda él pensó que aquella desusada finura mía era debida a la visita del Chota Lord Sahib; y muy halagado por ello, sus ojos brillaban con una bondadosa severidad. Sus amigos habían venido todos, y él se había puesto a contarles, una vez más, y con gran lujo de detalles, la historia de la visita del subgobernador, adornando su relato con las más vivas fantasías. La entrevista estaba ya convirtiéndose en una cosa épica, tanto por la calidad como por la lonjitud.

Cuando se fueron los demás, hice mi proposición al anciano, de la más senci-

lla manera. Le dije que aunque yo no podía aspirar a pertenecer por mi matrimonio a una familia tan ilustre, sin embargo, etc., etc.

Al pedirle a Kusum, el viejo me abrazó, loco de alegría: «Soy un hombre pobre», dijo, «y nunca podía haber esperado tan buena suerte».

Fué la única vez de su vida que Kailas Babu confesó su pobreza. Y también la única que olvidó, aunque sólo por un momento, el orgullo inmemorial de los Babus de Nayanjore.

10

¿VIVA O MUERTA?

I

KADAMBINI, la viuda de la casa de Saradasankar, el zemindar* de Ranihat, no tenía parientes por parte de padre. Uno tras otro, todos se le habían ido muriendo. En la familia de su marido tampoco había nadie a quien pudiera llamar verdaderamente suyo, pues no había tenido hijos. Su único amor era el hijo de su cuñado Saradasankar, a quien había criado, porque la madre estuvo enferma mucho tiempo, después de haberlo dado a luz. Cuando una mu-

* Propietario de tierras.

jer hace las veces de madre con un hijo de otra, su amor es muy fuerte, porque no tiene derecho sobre él, quiero decir, ningún derecho de parentesco, sino sencillamente el del amor; y el amor no puede probar con documentos su derecho ante la sociedad, ni desea probarlo, conformándose con adorar con doble pasión el tesoro inseguro de su vida. Así, pues, todo el amor imposible de la viuda se concentró en la criaturita.

Una noche de Sraban, Kadambini murió repentinamante. Su corazón, quién sabe por qué, dejó de palpitar. El mundo siguió su marcha en todas partes. Sólo en aquel tierno pechito, que sufría de amor, el reló del tiempo se detuvo para siempre.

Para que la policía no viniese a molestar, cuatro de los criados bramines del zemindar se llevaron, sin ceremonia alguna, el cadáver, para quemarlo. El

lugar donde se quemaban los muertos en Ranihat, estaba muy lejos del pueblo. Había en él una choza junto al estanque, una enorme higuera, y nada más. Antiguamente, un río, seco ahora del todo, pasaba por allí, y una parte de su cauce había sido cavada como estanque, para el cumplimiento de los ritos funerarios. La jente creía que el estanque era parte del río, y le tenía gran reverencia.

Los cuatro hombres entraron el cuerpo en la choza y se sentaron a esperar que trajeran la leña. Como tardaban tanto, dos de ellos, Nitai y Gurucharan, se cansaron y se fueron a ver por qué no la traían. Bidhu y Banamali se quedaron velando el cuerpo.

La noche de Sraban estaba oscura, y pesadas nubes pendían del cielo sin estrellas. Los dos hombres, sentados en la sombra, callaban. De nada les sir-

vieron los fósforos ni la lámpara. Los fósforos, húmedos, no ardían a pesar de todos sus esfuerzos, y la lámpara se había apagado. Después de un largo silencio, uno de ellos dijo: «Hermano, mejor sería ir por un poco de tabaco, que se nos olvidó con la prisa».

Contestó el otro: «Yo iré en una carrera y traeré todo el que haga falta».

Comprendiendo por qué Banamali quería irse, *Bidhu dijo: «¡Sí, claro está, y mientras, me quedaré yo aquí solito!»

Callaron de nuevo. Cada minuto les parecía un siglo. Maldecían, en su pensamiento, a los dos que se habían ido por la leña, que estarían seguramente sentados en algún sitio agradable, charlando. Sólo se oía en el silencio el incesante rumor de las ranas y de los grillos

* Se supone que el lugar de la cremación está frecuentado por espectros.

del estanque. De pronto, creyeron que la cama de la muerta se sacudía levemente, como si el cadáver se hubiese revuelto. Bidhu y Banamali murmuraron temblando: «Ram, Ram». Entonces se oyó un hondo suspiro, y los dos vijilantes salieron huyendo despavoridos hacia la aldea.

Habrían corrido cosa de una legua, cuando encontraron a sus compañeros, que volvían con un farol. Lo que habían hecho era fumar, y no sabían una palabra de la leña. Sin embargo, aseguraron que ya estaba derribado un árbol y que en cuanto lo destrozaran la traerían. Bidhu y Banamali les contaron lo ocurrido en la choza; pero Nitai y Gurucharan se burlaron de ellos y los colmaron de insultos por haber abandonado así su deber.

Los cuatro volvieron de prisa a la choza. Desde la puerta, vieron que no

estaba allí el cadaver. Sólo la cama vacía. Los cuatro se quedaron mirándose. ¿Se lo habría llevado un chacal? Pero por ninguna parte quedaba un vestijio de ropa. Salieron, y en el fango de la puerta de la choza, vieron que había recientes huellas diminutas de unos pies de mujer. Como Saradasankar no era tonto y no creería probablemente en un cuento de aparecidos, los cuatro decidieron, después de discutirlo mucho, que lo mejor sería decir que el cuerpo había sido quemado.

Al amanecer, cuando los hombres que traían la leña llegaron, los otros les dijeron que como tardaban tanto, habían quemado el cadáver sin esperar más; que después de tanta busca, encontraron leña por la choza. No era fácil que los otros dudaran, porque un cadáver no es objeto tan valioso que quiera nadie robarlo.

II

No hay quien ignore que la vida, a veces, aunque no dé señal de ello, está secretamente presente, y que puede volver a un cuerpo muerto en apariencia. Kadambini no había muerto. No fué más sino que la máquina de su cuerpo se había parado de pronto, sin saberse por qué.

Cuando volvió en sí, una espesa oscuridad la rodeaba. Pensó que no estaba acostada donde siempre. Llamaba: «¡Hermana!», pero nadie le respondía en la sombra. Al incorporarse, recordó, pasmada de espanto, su cama mortuoria, el dolor súbito de su pecho, aquel comienzo de ahogo. Su cuñada, la mayor, estaba calentando leche para el niño. De pronto, ella se sintió desfallecer y cayó sobre la cama, diciendo con

voz ahogada: «Hermana, no sé lo que tengo. Tráeme al niño». Después, todo se hizo negro, como cuando se nos vuelca el tintero sobre el libro, en el colejio. Su conciencia, su memoria, todas las letras del libro del mundo, se hicieron en un momento informes. No podía recordar si el niño, con dulce voz de amor, la llamó «Tita» por última vez o no; si, al dejar el mundo familiar, para el infinito viaje desconocido de la muerte, había recibido el regalo de una apasionada despedida, ese óbolo que da el amor para la tierra silenciosa. Al principio, tal vez creyó que aquel oscuro lugar solitario era la Casa de Yama, donde nada se ve, ni se oye, ni se hace, y todo es vela eterna. Pero al sentir el frío viento húmedo que entraba por la puerta y el croar de las ranas, recordó lúcidamente, en un punto, todas las lluvias de su corta vida, y sintió su paren-

tesco con la tierra. Centelleó entonces un relámpago y apareció a su luz el estanque, la higuera, la llanura inmensa, los árboles lejanos. Recordaba que había venido algunas veces, con la luna llena, a bañarse allí, y lo terrible que le había parecido la muerte, una vez que vió un cadáver en el lugar de la cremación.

Lo primero que se le ocurrió fué volver a su casa, pero pensó al punto: «¿Cómo puedo volver, si estoy muerta? Atraería sobre todos la desgracia. Yo he abandonado ya el reino de la vida y no soy más que mi propio fantasma. Si no, ¿cómo podía haberme salido del bien guardado zenana* de Saradasankar, haber venido a este lugar distante de la cremación, a medianoche? Y además, si mis ritos funerarios no se hubiesen ya consumado, ¿dónde están los

* Habitaciones reservadas a las mujeres.

hombres que habían de quemarme?» Al recordar el momento de su muerte, en la casa alegre de Saradasankar, ¡se sentía tan sola en aquel sitio de los muertos, lejano, desierto y oscuro! Seguramente ella no pertenecía ya al mundo de los vivos. Ahora era un ser de espanto, de mal augurio, su propio espectro.

Pensando así, todas las ataduras que la ligaban al mundo saltaron. Sintió que tenía fuerza maravillosa, libertad infinita, que podía hacer lo que quería, ir donde quisiera. Enloquecida por esta sujestión, salió de la choza como una racha de viento y se detuvo en el lugar de la cremación. No le quedaba rastro de timidez ni de temor.

Pero a medida que iba andando, andando, sus pies se le cansaban, se le rendía todo el cuerpo. Ante ella estaba el llano inmenso. Aquí y allá se

hundía en agua hasta la rodilla, por los arrozales.

A la primera luz del alba, oyó piar unos pajarillos en los bambús, junto a las casas aun lejanas. Un gran terror se apoderó de ella. No podía adivinar qué nueva relación sería la suya con la tierra y con los vivos. Mientras estuvo en la llanura y en el campo de los muertos, envuelta en la oscura noche de Sraban, no había sentido miedo alguno, libre ciudadana de su propio reino. Pero ahora, en el día, las casas de los hombres la atemorizaban. Hombres y fantasmas se temen mutuamente, porque sus tribus habitan distintas orillas del río de la muerte.

III

Sus ropas estaban apegotadas de barro. Su nocturno caminar, entre pensa-

mientos estraviados, le había dado aspecto de loca. Realmente, su aparición era para amedrentar a cualquiera, y los niños pudieran apedrearla o huir de ella espantados. Por fortuna, quien primero la vió fué un caminante, el cual se le acercó y le dijo: «Madre, pareces mujer decente. ¿A dónde vas sola y de ese modo?»

Kadambini, sin poder fijar sus ideas, se quedó mirando en silencio al caminante. No le era posible pensar que pertenecía aún a este mundo, que pareciese mujer decente, que un caminante le hiciera preguntas.

El hombre le dijo otra vez: «Vente conmigo, madre. Yo te llevaré a tu casa. Dime donde vives».

Kadambini se quedó pensativa. Volver a casa de su suegro, era absurdo, y ella no tenía casa paterna. De pronto, se acordó de Jogmaya, su amiga de la

infancia. No la había visto desde su adolescencia, pero habían seguido escribiéndose, con riñas, como es de suponer, porque Kadambini deseaba hacer evidente que su cariño por Jogmaya no tenía límites, mientras que su amiga se quejaba de no ser bien correspondida. Y las dos estaban seguras de que si alguna vez volvían a encontrarse en la vida, serían inseparables.

Dijo, pues, al caminante: «Quiero ir a casa de Sripati, en Nisindapur».

Él iba a Calcuta, y Nisindapur, aunque algo desviado, le cojía de camino; conque llevó a Kadambini a casa de Sripati, y las dos amigas se volvieron a ver. Al principio no se reconocían, pero poco a poco, cada una fué recordando las facciones infantiles de la otra.

«¡Qué alegría!», dijo Jogmaya. «¡Creí que nunca había de volverte a ver! ¿Pero cómo ha sido esto, hermana?

¿Cómo te ha dado permiso la familia de tu suegro?»

Kadambini permaneció callada. Luego dijo: «Hermana, no me preguntes por mi suegro. Dame el peor rincón de tu casa, y trátame como a una criada, que yo haré tu trabajo».

«¿Pero qué estás diciendo?», esclamó Jogmaya. «¿Tú mi criada, tú, que eres mi mejor amiga... mi... mi?...» Y así sucesivamente.

Entonces entró Sripati. Kadambini se quedó mirándolo fijamente un rato, y luego salió despacio. Ni se cubrió la cabeza, ni mostró la menor modestia, ni el más lijero respeto. Jogmaya, temiendo que Sripati no acojiera bien a su amiga, comenzó a hacerle una relación complicada; pero Sripati, que generalmente asentía a cualquier cosa que dijera Jogmaya, cortó en seco el cuento, dejándola llena de incertidumbre.

Kadambini se quedó allí, pero no podía identificarse con su amiga, porque la muerte las separaba. Mientras su existencia le fuese dudosa y perdurase su conocimiento, ella no podía sentir intimidad con los demás. Miraba a Jogmaya y se quedaba murmurando pensamientos: «Ella tiene marido y ocupaciones, y vive en un mundo lejano del mío. Ella comparte cariño y deberes con los de este mundo, y yo soy una vana sombra. Ella es de la tierra, y yo de la eternidad».

Jogmaya estaba también inquieta, sin esplicarse la razón. La mujer ama poco el misterio, porque, aunque lo incierto puede trasmutarse en poesía, en heroísmo, en saber, no se puede aprovechar para los deberes caseros. Así, cuando una mujer no comprende una cosa, la destruye, la olvida o la hace apta para su servicio propio; y si no logra confi-

narla en ninguna de estas formas, le toma odio. Mientras más abstraída estaba Kadambini, más irritada se ponía Jogmaya con ella, preguntándose qué preocupación pesaría sobre aquel entendimiento.

Después surjió otro conflicto: Kadambini se asustaba de sí misma y no podía huirse. Los que tienen miedo de fantasmas, temen a lo que pueda estar detrás de ellos y en lugares en donde no se ve; pero el terror más grande de Kadambini estaba dentro de ella misma. A medianoche, sola en su cuarto, gritaba; en la velada, si veía su sombra a la luz de la lámpara, todo su ser se estremecía. Su miedo llenó de miedo a todos los de la casa. Los criados y Jogmaya misma comenzaron a ver sombras.

Una madrugada, Kadambini salió llorando de su dormitorio y jimió a la puerta de Jogmaya que le abrieran.

«¡Hermana, hermana», decía, «déjame que me acueste a tus pies! ¡No me hagas dormir sola!»

La indignación de Jogmaya fué tan grande como su miedo. De buena gana hubiera echado de su casa a Kadambini en aquel mismo instante; pero el buenazo de Sripati consiguió a duras penas tranquilizar a su huéspeda, y la puso en la habitación de al lado.

Al otro día, Sripati fué llamado inesperadamente a las habitaciones de su mujer. Jogmaya le riñó: «¿Y te llamas hombre? De modo que una mujer se escapa de casa de su suegro, se te mete en la tuya, se pasa un mes en ella, y no se te ocurre decirle la menor indirecta para que se vaya, ni se te oye la menor protesta... Haz el favor de esplicarme qué significa esto. ¡Todos los hombres sois iguales!»

La mayor parte de los hombres pro-

fesan un cariño tan poco razonable a sus mujeres, que con él dan motivo a que se les quite la razón. Aun cuando Sripati estaba dispuesto a tocar el cuerpo de Jogmaya y a jurar que sus buenos pensamientos hacia la desamparada y hermosa Kadambini no escedían un punto de lo debido, le era imposible probarlo con su comportamiento. Él pensaba que la familia del suegro de Kadambini debía haber tratado mal a la infeliz viuda, y que ella no la pudo soportar más y se vió obligada a refujiarse en casa de su amiga. No teniendo ella padre ni madre, ¿cómo había él de desampararla? Y diciendo esto a su mujer, procuró desentenderse del asunto, pues no era su intención angustiar a Kadambini con preguntas desagradables.

Su mujer entonces intentó otros medios de ataque contra su calmoso marido, hasta que éste comprendió que su

amor a la paz le imponía avisar al suegro de Kadambini. Una carta podía no dar resultado satisfactorio; de modo que resolvió ir él mismo a Ranihat y obrar con arreglo a lo que sucediera.

Así, pues, Sripati se fué. Jogmaya, por su parte, dijo a Kadambini: «Amiga mía, no me parece bien que sigas aquí más tiempo. ¿Qué diría la jente?»

Kadambini, muy seria, miró con fijeza a Jogmaya, y le dijo: «¿Y qué tengo yo que ver con la jente?»

Jogmaya se quedó pasmada. Luego respondió con acritud: «¡Si tú no tienes nada que ver con la jente, nosotros sí tenemos que ver! ¿Cómo quieres que espliquemos el secuestro de una mujer de otra casa?»

Dijo Kadambini: «¿Y dónde está la casa de mi suegro?»

«¡Maldito sea!», pensó Jogmaya, «¿qué irá a decir esta desgraciada?»

Lentamente, Kadambini fué hablando: «¿Qué tengo yo que ver con vosotros? ¿Soy acaso de esta tierra? Vosotros reís, lloráis, amáis, cojéis cada uno lo vuestro y os aferráis a ello; yo, sólo miro. Vosotros sois humanos; yo, una sombra. ¡No puedo comprender por qué me retiene Dios en este mundo vuestro!»

Eran tan estrañas sus miradas y sus palabras, que Jogmaya comprendió algo de lo que quería decir, aunque no todo. Y viendo que no era posible despedirla ni preguntarle más, se fué de allí, preocupada con sus pensamientos.

IV

Serían las diez de la noche cuando Sripati volvió de Ranihat. La lluvia torrencial inundaba la tierra. Parecía que

ya nunca dejaría de llover, que no terminaría más la noche.

Jogmaya le preguntó: «¿Qué hay?»

«Voy ahora mismo. Tengo mucho que contar». Diciendo esto, Sripati se mudó de ropa y se sentó a comer. Luego se echó a fumar un poco. Todo era duda en su pensamiento.

Su mujer contuvo un buen rato su curiosidad; pero, al fin, se fué al diván de él y le preguntó: «¿Qué te han dicho?»

«Que estás completamente equivocada».

Jogmaya se picó. Una mujer nunca se equivoca, y si se equivoca, el hombre sensato no debe darse por entendido. Más le vale echar la equivocación sobre sus propios hombros. Saltó Jogmaya: «¿Y puedo saber en qué?»

Sripati respondió: «Esta mujer que tienes en tu casa no es Kadambini».

Al oir esto, Jogmaya se sintió muy fastidiada, especialmente porque era su marido el que lo decía. «¿De modo que no conozco yo a mi amiga? ¡Tendré que preguntártelo a ti! ¡Cuidado que eres listo!»

Sripati dijo que no era necesario discutir ahora su listeza, y que podía probar lo dicho porque era indudable que Kadambini había muerto.

Jogmaya contestó: «Estoy segura de que has metido la pata. ¿A que has ido a otra casa a preguntar? O no te habrás enterado de lo que te han dicho... ¿Quién te mandaría a ti ir? Escribe, y así se aclarará todo».

Sripati se resintió mucho de la desconfianza de su mujer sobre su habilidad ejecutiva, y fué sacando a relucir, sin resultado alguno, toda clase de pruebas. Era medianoche y aun estaban discutiendo. Ya habían llegado los dos a

un acuerdo en lo de despedir a Kadambini; pero Sripati creía que su huéspeda había estado engañando todo el tiempo a su mujer con su pretendida amistad, y Jogmaya, que era una prostituta; y ninguno de los dos quería darse por vencido. Sus voces se fueron haciendo recias, olvidados de que Kadambini dormía junto.

Él decía: «No seas así, mujer; te digo que lo oí con mis propios oídos». Y ella contestaba furiosa: «¿Y qué me importa a mí eso? ¿Acaso no tengo yo ojos?»

Por fin, Jogmaya terminó: «Bueno, pues dime cuándo murió». Pensaba así cojer a su marido, porque ella tenía cartas de Kadambini.

Él dijo la fecha de la muerte, que había sido el día antes de la llegada de la huéspeda. El corazón de Jogmaya se estremeció, y el mismo Sripati se alteró un poco.

Entonces la puerta se abrió de pronto, y una racha de viento húmedo apagó la lámpara. Tras él se entró la sombra y llenó toda la casa. Kadambini estaba allí. Sería la una, y la lluvia rebotaba fuera.

Kadambini dijo: «Amiga, yo soy Kadambini, pero estoy muerta».

Jogmaya dió un grito de espanto, y Sripati se quedó sin habla.

«Pero aparte de estar muerta», siguió Kadambini, «no te he hecho mal alguno. No me quieren los vivos, ni los muertos. ¡Ay, a dónde iré?» Y llorando, como para despertar al Creador dormido en la negra lluvia de la noche, repitió: «¡Ay, a dónde iré?»

Diciendo esto, Kadambini dejó a su amiga desmayada en la casa oscura, y salió al mundo, buscando su lugar.

V

Es difícil saber cómo Kadambini llegó a Ranihat. Al principio no se presentó a nadie, y pasó todo el día en un templo ruinoso, desfallecida de hambre. La tarde de lluvia se iba poniendo, antes de su hora, negra como la pez. Cuando todos, apretándose en las casas, esperaban medrosos la tempestad inminente, salió Kadambini. Al llegar a la casa de su suegro, se le saltaba el corazón; se echó un velo espeso por la cara y entró. Creyéndola una criada, los porteros la dejaron pasar. La lluvia caía a torrentes, y aullaba el viento.

La mujer de Saradasankar estaba jugando a las cartas con su hermana viuda. En la cocina había una criada, y el niño, enfermo, dormía en la alcoba. Kadambini, procurando no ser vista, entró

en el cuarto del niño. Ella misma no sabía a qué había vuelto a casa de su suegro. Sentía sólo un afán inmenso de ver otra vez al niño, sin pensar qué vendría después.

En la alcoba encendida vió al niño, que dormía apretando sus puñitos, afilado el cuerpo por la calentura. Mirándolo, su corazón se puso seco y sediento. ¡Si pudiera estrechar el cuerpecito doliente contra su pecho! Pensó en seguida: «Yo no existo, y nadie me vería. Esa madre no piensa más que en la jente, en la charla y en las cartas. Cuando yo estaba con el niño, ella, libre, no se preocupaba de él en absoluto. ¿Quién lo cuidará ahora como yo lo cuidaba?»

El niño dió una vuelta y gritó medio dormido: «¡Tita, dame agua!» «¡Hijo mío! ¡No había olvidado a su tita!» Kadambini, escitada, febril, fué por agua,

y cojiendo al niño contra su pecho, se la fué dando.

Mientras estaba dormido, el niño no sintió estrañeza alguna al tomar el agua de la mano acostumbrada; pero cuando Kadambini, colmando su anhelo largamente esperado, lo besó y comenzó a mecerlo para que no se despertara, el niño abrió los ojos y le dijo abrazándola: «¿Tú te moriste, tita?»

«Sí, mi vida».

«¿Y has vuelto, verdad? ¡No te mueras otra vez!»

Antes de que pudiera contestarle, vino la catástrofe. Una de las criadas, que entraba con una taza de sago, la dejó caer, y ella misma rodó al suelo. Con el ruido, la madre dejó sus cartas, y al entrar en la alcoba, se quedó ríjida como un poste, sin poder hablar ni huir. Viéndolo, el niño también sintió miedo, y se echó a llorar. Lloraba: «¡Vete, tita; vete, vete!»

Kadambini comprendió entonces que no había muerto. El cuarto conocido, las cosas de antes, el mismo niño, el mismo amor, la volvieron a su vivir, sin cambio ni diferencia entre ella y lo demás. En casa de Jogmaya, comprendió que estaba muerta su amiga de la infancia; en la alcoba del niño, supo que la tita no estaba muerta, ni cosa que se le pareciese. Dijo angustiosamente: «¿Por qué me temes, hermana? ¿No ves que soy la misma de antes?»

Su cuñada no pudo más, y cayó desmayada. Saradasankar vino a la zenana, y juntando las manos, le dijo lastimeramente a Kadambini: «¿Por qué has hecho esto? ¡No tengo más hijo que Satis! ¿A qué te apareces a él? ¿No somos tus parientes? Desde que te fuiste, la calentura se ha ido comiendo al niño día tras día. A toda hora te llama: ¡«Tita, tita!» Tú has dejado el mundo; rompe

los lazos de esta maya*, que ya te haremos los funerales».

Kadambini no podía con tanto sufrimiento. Gritó: «¡No estoy muerta! ¡No estoy muerta! ¡Qué haré yo para que te convenzas de que estoy viva! ¡Estoy viva! ¡Estoy viva!» Cojió del suelo una jarra de cobre, y se golpeó la frente con ella. La sangre corrió. «¡Mira», gritaba, «mira cómo estoy viva!»

Saradasankar se había quedado inmóvil como una estatua. El niño chillaba asustado. Las dos mujeres seguían desmayadas en el suelo.

Entonces Kadambini, gritando: «¡No estoy muerta, no estoy muerta!», bajó los escalones del pozo del zenana, y se echó en él de cabeza. Saradasankar oyó el golpe desde arriba.

La lluvia torrencial siguió cayendo toda la noche y toda la madrugada. Al

* Afecto ilusorio que liga un alma a este mundo.

mediodía siguiente aún llovía. Kadambini había tenido que probar, muriendo, que no estaba muerta.

II

«¡TE CORONAMOS REY!»

CUANDO Nabendu Sekhar se casó con Arunlekha, el Dios de las bodas sonreía detrás del fuego del sacrificio. ¡Ay, lo que es diversión para los dioses, no siempre lo es para nosotros, pobres mortales!

Purnendu Sekhar, el padre de Nabendu, era bien conocido entre los altos dignatarios ingleses del gobierno. Había llegado, en el viaje de la vida, hasta las orillas de la Raibajaduría, remando con dilijencia en el salaam. * Guardaba lo bastante para mayores avances;

* Reverencia.

pero, al cumplir los cincuenta y cinco años, fija aún su dulce mirada en el nebuloso pico del Rajalato, se encontró de pronto trasportado a esa rejión donde los honores terrenos y las condecoraciones no son nada; y su cuello, cansado del salaam, halló descanso eterno en la pira funeraria.

La ciencia moderna dice que la fuerza no se destruye, sino que, convertida en otra fuerza, se aplica a otro punto. Así, la fuerza del salaam de Purnendu, esclava constante de la voluble Fortuna, descendió de los hombros del padre a los de su digno hijo; y la juvenil cabeza de Nabendu Sekhar comenzó a moverse de arriba abajo, ante las puertas de los altos dignatarios ingleses, como una calabaza mecida por el viento.

Las tradiciones de la familia en que Nabendu había entrado por el matrimo-

nio, eran completamente distintas de las de la suya; y Pramathanath, el hijo mayor, se había ganado el cariño de sus parientes y el respeto de sus amigos, que alzaban sus ojos a él como a un perfecto ideal.

Pramathanath era bachiller, y además tenía sentido común; pero no desempeñaba alto cargo alguno, ni cobraba ningún sueldo espléndido, ni ejercía la menor influencia con la pluma. Ninguno de los de arriba le tendía la mano, porque los ingleses deseaban tenerlo lejos, tanto como él quería estarlo de los ingleses; y así, su resplandor estaba limitado a la esfera de la familia y los amigos, y fuera de ellos nadie lo admiraba.

Sin embargo, Pramathanath había estado, en cierta ocasión, tres años en Inglaterra. La bondadosa acojida que allí tuvo lo enterneció tanto, que, olvidan-

do la pena y la humillación de su país, volvió a él vestido a la europea, lo que al principio apenó un poco a sus hermanos y hermanas. Después comenzaron a pensar que la indumentaria europea a nadie le sentaba mejor que a él, y llegaron, poco a poco, a compartir su orgullo y su dignidad.

Al volver de Inglaterra, Pramathanath resolvió enseñar al mundo a tratar a los angloindios como iguales. Los paisanos nuestros, pensaba Pramathanath, que creen imposible tal hermandad, a menos que nos arrodillemos ante ellos, sólo demuestran una absoluta falta de respeto por sí mismos y una gran injusticia para los ingleses.

Trajo cartas de presentación de muchos personajes ingleses de la isla, con lo cual consiguió que lo recibiera bastante bien la sociedad angloindia. De vez en cuando, disfrutaba con su mujer

de la hospitalidad inglesa en tés, comidas, deportes y festivales. Su buena suerte le embriagó, y comenzaba ya a producirle no sé qué agradable hormigueo en toda la sangre de sus venas.

Por entonces, se inauguraba una nueva línea férrea, y muchas personas de la localidad, vanidosos favorecidos del beneficio oficial, fueron invitados por el subgobernador a hacer el primer viaje, Pramathanath entre ellos. A la vuelta, un sarjento de la policía europea espulsó, con gran insolencia, de uno de los coches, a varios caballeros indios. Pramathanath, que estaba en el coche también, vestido a la europea, iba a salir con ellos, pero el sarjento le dijo: «Usted no necesita moverse, caballero. Le suplico que siga en su asiento».

Un instante, Pramathanath se sintió halagado por aquel respeto especial que se le demostraba; pero cuando partió de

nuevo el tren, los rayos opacos del sol poniente sobre los arados campos oscuros, le pareció que tendían una llama de vergüenza por toda su patria. Sentado junto a la ventanilla del coche solo, sentía como si entreviera los ojos bajos de la tierra madre, escondida detrás de los árboles; y, perdido en su sueño, lágrimas ardientes corrían por sus mejillas, y su corazón se partía de rabia.

Recordaba el cuento de aquel burro que iba tirando, por las calles, de la carroza de un ídolo. Los transeuntes se inclinaban ante el ídolo hasta tocar el polvo con sus frentes, y el pobre burro se creía que toda aquella veneración era para él. «La única diferencia», se decía Pramathanath, «entre el burro y yo, está en que yo he comprendido hoy que el respeto recibido no es por mí, sino por la carga de mis hombros».

Al llegar a su casa, Pramathanath lla-

mó a todos los niños de la familia, y encendiendo una gran hoguera, tiró en ella todos sus trajes europeos, uno a uno. Los niños bailaban alrededor del fuego, y cuanto más subían las llamas, más grande era su algazara. Después, Pramathanath dejó su sorbito de té y sus pedacitos de tostada de las casas angloindias, y se quedó de nuevo solo en el castillo de su casa, mientras sus amigos insultados inclinaban, de puerta en puerta inglesa, como antes, sus cabezas enturbantadas.

Por una ironía del destino, el pobre Nabendu Sekhar se había casado con la hija segunda de esta casa. Ella y sus hermanas estaban bien educadas y eran muy guapas, y Nabendu consideraba que había hecho un magnífico negocio, aunque fué también solícito en hacer ver a la familia de su mujer que ellos también lo habían hecho, y estraordi-

nario. Como por equivocación, solía dar a sus cuñadas cartas que su difunto padre había recibido de europeos, y cuando los labios de cereza de las muchachas sonreían sarcásticos, asomando la punta de un puñal reluciente a su vaina de felpa grana, el desdichado comprendía su necedad y se sentía arrepentido.

Labanyalekha, la hermana mayor, sobrepujaba a todas en hermosura e injenio. Una vez que encontró ocasión favorable, puso sobre la chimenea del dormitorio de Nabendu dos pares de botas inglesas pintarrajeadas de bermellón, y arregló, alrededor de ellas, flores, pasta de sándalo, incienso y dos velas encendidas, según la manera que prescriben los ceremoniales. Cuando Nabendu entró, dos de sus cuñadas se le pusieron una a cada lado, y le dijeron con burlona gravedad: «¡Reverencia a tus dio-

ses, y que sus bendiciones te hagan próspero!»

La hermana tercera, Kiranlekha, se pasó unos cuantos días bordando con seda roja, sobre un chadar, * cien nombres ingleses de los más vulgares, como Jones, Smith, Brown, Thomson, etc., y cuando hubo terminado, le regaló aquel namavali ** a Nabendu Sekhar, con gran aparato.

La cuarta, Sasankalekha, muy niña aún y por lo tanto, insignificante, le dijo: «Hermano, yo te haré una sarta de cuentas para que repitas con ellas los nombres de tus dioses... los Sahibs». Sus hermanas le riñeron: «¡La impertinente de la niña!»

Sentimientos de vergüenza y de ira alternaban en el corazón de Naben-

* Trozo de tela.

** Chadar con los nombres de los dioses indios, que se lleva en los ejercicios relijiosos.

du Sekhar; pero él no podía renunciar a la amistad de sus cuñadas, sobre todo de la mayor, que era hermosísima. La miel no era menor que la hiel, y Nabendu gustaba a la vez la dulzura de aquélla y la amargura de ésta. La mariposa herida zumba en torno de la flor, ciega de encono, pero no puede irse.

A Nabendu le subyugaba de tal manera la amistad de Labanyalekha, que comenzó a negar su afán de dignidades europeas. Si iba a adular al Burra Sahib, hacía ver que iba a oir un discurso del Sr. Surendranath Banerjea, y cuando iba a la estación a cumplimentar al Chota Sahib, que volvía de Darjeeling, le contaba a su cuñada que había ido a esperar al menor de sus tíos.

Para el infeliz era una dura prueba verse entre los fuegos encontrados de sus sahibs y sus cuñadas, las cuales juraban secretamente que no cejarían has-

ta que aquéllos quedasen derrotados.

Se supo por entonces que el nombre de Nabendu iba a ser incluído en la lista de honor que se preparaba con motivo del Cumpleaños, y que con esto subiría el primer peldaño de la escalera del Paraíso, pues lo iban a nombrar Raibajadur. El pobrecillo no tenía valor para dar la feliz noticia a sus cuñadas. Una noche, sin embargo, en que la luna de otoño bañaba la tierra con sus rayos traviesos, Nabendu sintió tan lleno su corazón, que no pudo contenerse más y le contó la noticia a su mujer. Al otro día, la Sra. Nabendu se fué en su palanquín a casa de su hermana mayor, y con voz ahogada en lágrimas, se lamentó de su mala suerte.

«¡No le va a salir un rabo porque le hagan Raibajadur, hija!», le dijo Labanya. «¿Por qué has de sentirte tan humillada?»

«¡Ay no, no, hermana mía!» contestó Sarunlekha. «¡Yo me resigno a cualquier cosa menos a ser una Raibajadurní!» Era el caso, que entre sus amistades había un tal Bhutnatch Babu, que era Raibajadur, y esto esplicaba su profunda aversión por este cargo.

Con voz tranquilizadora, Labanya dijo a su hermana: «No te apures tú, hermana, que yo haré lo que pueda para evitarlo».

Babu Nilratan, el marido de Labanya, era abogado en Buxar. A fines de otoño, Nabendu recibió una invitación de Labanya para que les hiciera una visita, y Nabendu salió para Buxar muy complacido.

La entrada del invierno en aquella provincia occidental había dotado a Labanyalekha de nueva salud y hermosura, pintando de un rosa ardiente sus pálidas mejillas. Parecía ahora un junco

de kasa, cargado de flor, a la orilla solitaria de un arroyo, en el día claro de otoño. A los ojos fascinados de Nabendu, aparecía más bien como una mata florida de malati, derramando gotas brillantes de rocío a la luz de la mañana.

Nunca se había sentido Nabendu más feliz. La exuberancia de su propia salud y el estímulo de la agradable presencia de su hermosa cuñada, lo ponían tan lijero, que hubiese podido andar sobre los aires. Frente al jardín, el Ganjes, le parecía como si fluyera interminablemente a rejiones desconocidas, en la forma de sus locos pensamientos.

Cuando, al amanecer, volvía de su paseo por la orilla del río, los dulces rayos del sol invernal daban a su cuerpo esa grata sensación de calor que sienten los amantes cuando se abrazan. Algunas veces, al regresar a casa, encontraba a su cuñada entretenida en guisar.

Se le ofrecía como pinche y demostraba su escasa habilidad y su ignorancia a cada instante. Pero no parecía desear mejorarse con la práctica y la atención, sino que, por el contrario, disfrutaba gustosísimo de las riñas de su cuñada. Siempre hacía todo lo posible para hacer ver que era tan inútil como un niño de teta, mezclando especias, manejando la sartén, o regulando el calor a fin de que las cosas no se quemasen; y era debidamente recompensado con sonrisas lamentables y con refunfuños.

A mediodía, se hartaba de la rica comida que le ponían delante, incitado por su buen apetito y por las cariñosas persuasiones de su cuñada.

Luego se ponía a jugar a las cartas, en lo que demostraba igual torpeza. Hacía trampas, espiaba la mano de su contrario, discutía, pero jamás ganaba un

solo juego y, lo que es peor, no se daba nunca por vencido. Y aunque todos los días se burlaban de él, él permanecía incorrejible.

Sólo en una cosa había cambiado por completo, al menos por el momento; había olvidado que las sonrisas de los sahibs eran la meta de su existencia, y empezaba a comprender lo feliz y digno que puede uno llegar a ser ganándose el cariño y la estimación de los que nos rodean.

Además, Nabendu se movía ahora en un medio nuevo. El marido de Labanya, Babu Nilratan, abogado prestijioso, era reprochado por muchos porque se negaba a cumplimentar a los altos empleados europeos, a cuyos reproches Nilratan contestaba siempre lo mismo: «No, gracias; si no son bastante finos para devolverme mi visita, la finura que yo les regale, es una pérdida de la que

nunca me podré resarcir. Las arenas del desierto son, sin duda, muy blancas y relucientes, pero yo prefiero mil veces sembrar en la tierra negra, donde puedo poner mi esperanza».

Nabendu comenzó a tener ideas semejantes, sin pensar en su porvenir. Su candidatura para la Raibajaduría prosperaba en el terreno cuidadosamente preparado por su difunto padre y por él mismo en otros días, y no necesitaba nuevo riego. ¿No había él acaso construido dispendiosamente un magnífico hipódromo en una ciudad que era centro a la moda de los europeos?

La apertura del Congreso se acercaba, y Nilratan recibió una demanda de sus jefes para que reuniera suscritores. Nabendu, libre de cuidados, estaba jugando alegremente a las cartas con su cuñada, cuando Nilratan Babu se le acercó, de pronto, con un boletín de

suscriciones en la mano, y le dijo: «¿Quieres suscribirte?»

Como de costumbre, la cara de Nabendu mostró espanto. Labanya, con aire preocupado e inquieto, le dijo: «¡No hagas eso nunca! ¡Tu hipódromo se arruinaría para siempre!»

Nabendu, atolondrado, repuso: «¿Te figuras que eso me quita el sueño?»

«No publicaremos tu nombre en los periódicos», añadió Nilratan tranquilizador.

Labanya, aparentando seriedad e interés, dijo: «No sería prudente... Las cosas corren de boca en boca...»

Nabendu replicó con vehemencia: «¡Nada perdería mi nombre porque apareciera en los periódicos!» Y diciéndolo, le quitó el boletín a Nilratan y se suscribió por mil rupias, confiando, en su interior, que los periódicos no darían la noticia.

Labanya se golpeaba la frente con la mano, diciendo entrecortada: «¿Qué... qué... qué has hecho?»

«¡Nada malo!», contestó Nabendu, jactancioso.

«Pero... pero...», decía despacio Labanya. «El Sahib guardián de la estación de Sealdah, el ayudante del almacén de Whiteaway, el Sais-sahib de Hart Bros., van a enfadarse contigo y no vendrán ya a tu banquete del Puja, a beber champaña en tu honor. ¡Piénsalo bien, Nabendu; mira que estos caballeros no te van ya a dar más palmaditas en la espalda cuando te encuentren!»

«¡Y que me partirán con eso el corazón!», saltó Nabendu rabioso.

Pasaron unos días, y una mañana, cuando Nabendu estaba tomando su té y ojeando su periódico, llamó su atención una carta firmada con una X. X le

daba las gracias efusivamente por su donativo, y declaraba que era inestimable el prestijio del Congreso con la adquisición de un hombre como él.

¡Ay, pobre padre Purnendu Sekhar! ¿Fué para aumentar el prestijio del Congreso para lo que trajiste a este hijo miserable al mundo?

La nube de su infortunio tenía vueltas de plata. Era evidente que él no sería un cualquier cosa cuando el Comité angloindio por un lado y el Congreso por otro, estaban disputándoselo pacientemente, ansiosos de atraparlo. Así, pues, Nabendu, radiante de alegría, fué con el periódico a su cuñada, y le enseñó la carta. Como si le cojiese de sorpresa, Labanya esclamó asustada: «¡Qué fastidio! ¡Todo lo han de decir! ¿Quién será este que te quiere tan mal? ¡Valiente fresco! ¡Valiente desvergonzado!»

Nabendu se echó a reir y dijo: «Bue-

no, bueno; no digas esas cosas, Labanya; yo lo perdono gustoso y lo bendigo».

Un par de días después, Nabendu recibió por correo un periódico anticongresista de los angloindios. Traía una carta firmada por UNO QUE LO SABE, que contradecía la noticia de días antes. «Los que tienen el gusto de conocer a Babu Nabendu Sekhar», decía el escritor, «no pueden prestar crédito a este absurdo libelo. Tan imposible es que él se haga congresista, como que un leopardo cambie de color. Nabendu es hombre de verdadero valer, no un fracasado candidato gubernamental, ni un abogadillo picapleitos; no es de esos que por haber estado unos días en Inglaterra, vuelven imitando el vestir y las maneras inglesas, e intentan, a toda costa, entrar en la sociedad angloindia, para quedarse luego atrás chasqueado. No, no hay razón alguna para

que Babu Nabendu Sekhar, etc., etc.»

¡Padre Purnendu Sekhar; buena reputación te habías labrado entre los europeos antes de morir!

Nabendu enseñó también a su cuñada esta carta. Bien claro se decía en ella que él no era un pobre diablo, sino un hombre de verdadero valer.

Labanya esclamó, con la misma finjida sorpresa de la otra vez: «¿Cuál de tus amigos la habrá escrito? ¿Será el revisor de billetes, el comerciante de cueros, o el tambor mayor del fortín?»

«Yo creo que debes rectificar», dijo Nilratan.

«¿Tú crees que es necesario?», repuso Nabendu, creciéndose. «¿Tendré que contradecir cada cosilla que quieran decir de mí?»

Labanya inundaba el cuarto con una lluvia de risa. Desconcertado, Nabendu dijo: «¿Pero qué sucede?» Ella seguía

riendo sin poder contenerse, y su esbelta figura juvenil se balanceaba de un lado a otro. El torrente de su burla echó al fin por tierra a Nabendu, que dijo con voz lastimera: «¿Es que te figuras que tengo miedo a rectificar?»

«¡Ay no, hijo mío!», contestó Labanya, «estaba pensado que no desistirás nunca de salvar ese hipódromo tuyo que tanto promete. Mientras hay vida, hay esperanza, ¿verdad?»

«¿Tú crees que es eso lo que me preocupa? Pues tú veras», dijo Nabendu desesperado. Y se puso a escribir su rectificación. Cuando la hubo concluído, Labanya y Nilratan la leyeron de cabo a rabo, y dijeron: «No nos parece bastante fuerte la respuesta. Hay que contestar en firme, ¿no te parece?» Y se comprometieron amablemente a revisar la nota, que decía: «Cuando uno que está unido a nosotros por vínculos de

sangre, se vuelve nuestro enemigo, es mil veces más peligroso que el peor estraño. Los soberbios angloindios son para el gobierno de la India peores que los rusos y aun que los mismos patanos vecinos... Ellos son la barrera infranqueable que dificulta para siempre la unión amistosa entre el Gobierno y el pueblo. El Congreso ha abierto camino franco, que llevará a una mejor intelijencia entre gobernantes y gobernados, a pesar de los abrojos que los periódicos angloindios han sembrado por todas partes, etc., etc.».

Nabendu temía en su interior el mal que esta carta pudiera acarrearle; pero al mismo tiempo se sentía inflado por la escelencia de su escrito, que él, encariñado, creía suyo. Se publicó, pues, la carta, como era debido, y durante algunos días estuvieron apareciendo en diversos periódicos, comentarios, dis-

cusiones y réplicas, y los aires pregonaron que Nabendu se había hecho Congresista, y la cifra de su suscrición.

Echada ya el alma atrás, Nabendu hablaba ahora como el más fiero patriota. Labanya se seguía riendo por dentro, y se decía: «Sí, sí, ¡todavía tienes que pasar por la prueba del fuego!»

Una mañana, mientras Nabendu, antes de darse su baño, se había untado el pecho con aceite, y probaba varios artificios para llegar con él a lo más inaccesible de su espalda, le entró el criado una tarjeta, nada menos que del Majistrado del distrito. ¡Santo cielo! ¿Qué haría? No era posible que recibiera al Majistrado Sahib así como estaba, todo untado de aceite. Y saltando y sacudiéndose como un pez-koi listo para la sartén, terminó aprisa su baño, se metió en la ropa como pudo y salió desalado a las habitaciones esteriores.

El criado le dijo entonces que el sahib acababa de irse, cansado de esperar. La parte de culpa que en esta invención dramática cupiera a Labanya, y la del criado, es un problema esquisito, propio para ser resuelto por la ética matemática.

El corazón de Nabendu se estremecía de dolor en su pecho, como el rabo reciencortado de una lagartija. Todo aquel día estuvo enfurruñado lo mismo que una lechuza.

Labanya, sin el menor asomo de su guasa interna en la cara, le preguntaba con voz aflijida: «¿Pero qué tienes? ¿Estás enfermo?»

Nabendu se esforzaba por sonreir y encontrar respuesta humorística. «¿Qué enfermedad puede existir», acabó al fin, «dentro de tu reino, Diosa de la Salud?»

Pero la sonrisa se borró al punto. Pensaba: «Primero, me suscribí para el

tesoro del Congreso; luego, publiqué una carta desatinada en un periódico, y al fin, como si no fuera bastante todavía, el Majistrado Sahib me hace el honor de visitarme, y yo lo hago esperar. ¡Lo que estará diciendo de mí! ¡Ay, Padre Purnendu Sekhar, qué ironía del destino! ¡Hacerme parecer lo que no soy!»

A la mañana siguiente, Nabendu se vistió sus mejores ropas, se puso su reló y su cadena, y se encasquetó un gran turbante en la cabeza.

«¿Dónde vas tan guapo?», le preguntó su cuñada.

«Negocios urjentes...», replicó Nabendu. Labanya no dijo más.

Cuando Nabendu llegó á la puerta del Majistrado, abrió su tarjetero.

«Ahora no es posible que lo vea usted», le dijo, fríjido, el ordenanza.

Nabendu sacó un par de rupias de su bolsillo. El ordenanza *salameó* en el

acto, y dijo: «Somos cinco, caballero». Entonces Nabendu sacó un billete de diez rupias, y se lo dió.

El Majistrado, que estaba escribiendo, en bata y babuchas, lo hizo entrar. Nabendu lo *salameó*. El Majistrado le indicó una silla con el dedo, y sin levantar los ojos del papel, le preguntó: «¿En qué puedo servirle, Babu?»

Nabendu, manoseando nerviosamen te la cadena de su reló, dijo con voz vacilante: «Como ayer tuvo usted la amabilidad de ir a verme a mi casa, señor...»

El Sahib frunció el ceño, y levantando sólo un ojo del papel, le contestó: «¿Pero, Babu, que está usted diciendo? ¿Yo a su casa?»

«Perdón, señor», balbuceó Nabendu; «sin duda ha habido alguna equivocación, alguna confusión...» Y calado de sudor, salió tropezando y sin saber

cómo, del cuarto. Por la noche, mientras daba vueltas en la cama, una distante voz de ensueño le repetía insistentemente al oído: «¡Babu, eres un completo idiota!»

Camino de su casa, Nabendu llegó a la conclusión de que el Majistrado le había negado lo de la visita porque estaba ofendido con él; conque le dijo a Labanya que había salido a comprar agua de rosas. No había terminado de decirlo, cuando se presentaron seis chuprassis con la insignia de la Recaudación, y después de *salamear* a Nabendu, se quedaron sonriendo como unos tontos.

«Vendrán a detenerte por lo de tu suscrición», murmuró Labanya con una leve sonrisa.

Los chuprassis exhibieron una docena de filas de dientes, y contestaron: «Bakshish, * Babu Sahib».

* Aguinaldo.

Nilratan salió de una de las habitaciones y dijo iracundo: «¡Bakshish! ¿Por qué?»

Riendo siempre, los chuprassis contestaron: «El Babu Sahib ha ido a ver al Majistrado, y hemos venido por bakshish».

«No sabía yo», dijo Labanya, «que el Majistrado vendiera ahora agua de rosas. La frescura no fué nunca el distintivo de su cargo».

Nabendu trató de conciliar el cuento de su compra con su visita al Majistrado, y dijo una sarta de palabras incoherentes, que nadie pudo entender.

Nilratan contestó a los chuprassis: «No hay razón para que se os dé bakshish; de modo que os podéis ir».

Nabendu, encojido, dijo: «Son pobres... ¡Qué más da que les demos algo!», y sacó un billete. Nilratan se lo quitó de la mano, diciendo: «Otros

lo necesitan más. Yo los socorreré por ti».

Nabendu se quedó muy triste por no poder contentar a aquellos servidores espectrales del iracundo Siva. Cuando se iban, con el rayo en los ojos, Nabendu les miró lánguido y triste, como diciéndoles: «Ya sabéis bien, caballeros, que yo no tengo la culpa».

El Congreso iba a reunirse aquel año en Calcuta. Nilratan se trasladó allí con su mujer, a fin de asistir a las sesiones. Nabendu se fué con ellos.

Al llegar a Calcuta, el partido del Congreso rodeó a Nabendu, y, con una alegría y un entusiasmo sin límites, lo vitorearon, lo colmaron de honores, lo elevaron hasta los cielos. Todo el mundo dijo que si los hombres más significados como Nabendu no se sumaban a la causa, no había esperanza de salvación para la patria. Nabendu no

tenía inconveniente en pensar lo mismo, y surjió de su caos de error y confusión en forma de cabecilla. Cuando entró en el Congreso el primer día, todos los asistentes se pusieron de pie y gritaron con voz aguda y estrafalaria: «¡Viva!, ¡viva!, ¡viva!», oyendo lo cual, la madre patria se sonrojó de vergüenza hasta el arranque de las orejas.

Para el Cumpleaños de la Reina, el nombre de Nabendu no apareció en la lista de los Raibajadures. Pero aquella noche fué invitado por Labanya. Cuando llegó Nabendu, su cuñada, con gran pompa y ceremonia, le regaló un vestido de honor y le puso, con su propia mano, la señal roja de sándalo en medio de la frente.

Cada una de las otras hermanas le colgó una guirnalda de flores tejidas por ellas. Arunlekha, su mujer, vestida con un sari rosa, y deslumbrante de

joyas, le esperaba en una habitación contigua, roja de sonrisa y de vergüenza. Fueron sus hermanas, y, dándole otra guirnalda, insistieron en que tenía también que hacer su papel en la ceremonia; pero ella no quiso, y la guirnalda principal esperó pacientemente el secreto de la medianoche, ansiosa del cuello de Nabendu.

Las hermanas dijeron a Nabendu: «¡Hoy te coronamos Rey! Este honor no se hará a nadie más que a ti en el Indostán».

Sólo Nabendu sabe si esto lo consoló, aunque nosotros lo dudamos. Creemos que en realidad él será Raibajadur algún día, y que «El Inglés» y «El Adelantado» publicarán artículos que partirán los corazones, lamentando su muerte, cuando ésta llegue. Pero entretanto, demos tres vivas a Babu Purnendu Sekhar: «¡Viva!, ¡viva!, ¡viva!»

12

LA RENUNCIACIÓN

I

ERA noche de luna llena, a principios del mes de Phalgun. La brisa de la primavera nueva lo penetraba todo, cargada del perfume de las flores del mango, y el trino melodioso del infatigable papiya *, escondido en lo espeso de un viejo lichi del estanque, colmaba el dormitorio insomne de la familia de Mukerji. Hemanta, tan pronto retorcía inquieto, con los dedos, un rizo de su mujer, como le golpeaba

* Pajaro cantor, de los más dulces de Bengala. Los escritores angloindios le han puesto «el pájaro del ataque cerebral», lo que es pura fantasía.

su churi con el brazalete, hasta hacerlo tintinear, como tiraba de la guirnalda de flores de su cabeza y se la dejaba colgando de la cara. Su humor era el de una brisa del anochecer que jugara en torno de un favorito arbusto en flor, abriéndolo suavemente por todas partes para despertarlo.

Pero Kusum seguía sentada sin moverse, hundiendo los ojos, por la ventana abierta, en la profundidad, alumbrada de luna, de la lejanía infinita; y las caricias de su marido se perdían.

Por fin, Hemanta le cojió las dos manos a su mujer, y, sacudiéndoselas suavemente, le dijo: «¿Por dónde andas, Kusum? Estoy seguro de que si tuviera la paciencia de buscarte con un telescopio de largo alcance, sólo vería de ti una manchita. ¡Te has alejado tanto! ¡Ay, acércate más a mí, vida mía! ¡Mira qué hermosa está la noche!»

Kusum volvió los ojos del vacío, miró a su marido, y dijo despacio: «Yo sé una mantra * que en un instante desvanecería esta noche de luna y primavera».

«Pues si la sabes», rió Hemanta, «te ruego que no la digas. En cambio, si sabes otra que haga tener a cada semana tres o cuatro sábados y alargar las noches hasta las cinco de la mañana, dímela, que me gustaría oirla».

Y diciendo esto, intentó atraer a su mujer un poquito hacia sí. Kusum, librándose del abrazo, le dijo: «Esta noche quiero decirte aquello que prometí revelarte cuando me fuera a morir, porque esta noche sé que podría soportar cualquier castigo que quisieras darme».

Estaba Hemanta a punto de hacer un chiste a propósito de castigos, recitando un verso del Jayadeva, cuando un roce de chinelas furibundas se oyó acercarse

* Sarta de palabras májicas.

rápidamente. Eran los pasos de Harihar Mukerji, el padre de Hemanta. Este, no sabiendo qué ocurría, se puso alarmadísimo.

De pie en la puerta, Harihar rujió: «¡Hemanta, echa a tu mujer de la casa!»

Hemanta miró a su mujer y no vió sorpresa alguna en su rostro. Ella no hizo más que esconder su cara entre las manos, deseando, con toda su alma, que en aquel instante pudiera tragársela la nada. El papiya seguía cantando, melodioso y sutil, en la brisa del sur, y nadie lo oía ya. Las bellezas de la tierra son incontables; pero ¡ay, qué fácilmente se disipan!

II

Volviendo a entrar en el cuarto, Hemanta preguntó a su mujer: «¿Es verdad?»

«Sí», contestó Kusum.

«¿Por qué no me lo has dicho antes?»

«Muchas veces quise, y nunca pude; soy una desdichada».

«Pues dímelo todo ahora».

Con voz firme y clara, Kusum contó, gravemente, su historia. Pasó descalza por el fuego, con lento paso valeroso, y sólo ella supo que se abrasaba. Cuando terminó, se levantó Hemanta y salió del cuarto.

Kusum creyó que su marido se había ido para siempre, y le pareció tan natural la cosa, como cualquier lijero incidente de la vida diaria; ¡tan seco y apático se había vuelto su entendimiento durante aquellos instantes! La vida y el amor le parecían completamente vanos y falsos; el recuerdo mismo de las protestas amorosas que su marido le había hecho en los pasados días, sacaba a sus labios una sonrisa agria, dura y sin ale-

gría, como un cuchillo agudo que le cortara de través el corazón. Tal vez estaba pensando que este amor, que en apariencia llenaba la vida, que arrastraba tras sí tanto sentimiento y tanta verdad, que hacía la más breve ausencia tan esquisitamente dolorosa, y la unión de un momento tan intensamente dulce, que parecía ilimitado en su cantidad e infinito en su duración; que este amor cuyo fin no podía ser imajinado ni en futuros nacimientos, no era el amor. ¡Qué débil sostén el suyo! ¡En cuanto intervenía el sacerdocio, el «eterno» amor ya era sólo polvo! No hacía más que un momento que Hemanta le había suspirado: «¡Qué hermosa está la noche!»; y aún la noche no había concluído, y el mismo papiya seguía cantando, y la misma brisa del sur entraba en el cuarto, conmoviendo las cortinas del lecho, y la misma luna yacía en él,

junto a la ventana abierta, dormida como una heroína hermosa que rindiera la alegría; pero ya todo era irrealidad. Y el amor, más falso que ella misma

III

Por la mañana, Hemanta, deshecho de aquella noche sin sueño, y con aire de loco, se fué a casa de Peari Sankar Ghosal. Peari Sankar le preguntó: «¿Qué traes, hijo?»

Hemanta, llameando de pronto como una gran hoguera, respondió con voz temblona: «¡Has manchado nuestra casta! ¡Has traído la destrucción sobre nosotros! ¡Ya lo pagarás!» No pudo seguir. Se ahogaba.

«Y tú has preservado mi casta, ¿no? ¿Tú has impedido mi destierro de la comunidad y me has dado palmaditas

cariñosas en la espalda?», dijo Peari Sankar con una sonrisilla sarcástica.

Hemanta deseaba que su furor de bramín pudiera en un momento reducir a cenizas a Peari Sankar, pero su ira sólo le quemaba a él. Peari Sankar seguía sentado inalterable, como si estuviera en el mejor de los mundos.

«¿Te he hecho yo mal alguno nunca?», le preguntó Hemanta con voz rota.

«Contéstame tú a esta pregunta», dijo Peari Sankar. «Mi hija, mi única hija, ¿qué daño había hecho a tu padre? ...Tú eras entonces muy joven, y probablemente no te enteraste de nada. Pues oye, y no te alborotes, que es muy gracioso lo que voy a contarte».

«Cuando mi yerno Nabakanta se escapó a Inglaterra con las joyas de mi hija, tú eras un niño todavía. Quizás recuerdes la conmoción del pueblo, cuan-

do, cinco años más tarde, él volvió de abogado; o tal vez no te diste cuenta de ello porque estuvieras en la escuela de Calcuta... Tu padre, arrogándose la jefatura de la comunidad, declaró que si yo enviaba a mi hija a casa de su marido, habría de renunciar a ella para siempre y no consentirle que pisara más el umbral de mi puerta. Me eché a los pies de tu padre y le imploré: «¡Hermano, perdóname sólo por esta vez! ¡Yo haré tragar a mi yerno boñiga, y lo haré pasar por el prayaschittam, pero vuélvelo a recibir en la casta!» Tu padre no accedió. Yo no había de renegar de mi propia hija y, despidiéndome de mi pueblo y de mi familia, me fuí a Calcuta. Allí también me persiguió la desventura. Tenía yo hechos todos los preparativos para la boda de mi sobrino, y tu padre alborotó a la familia de la muchacha y deshizo la boda. Enton-

ces juré solemnemente, por la sangre de bramín que corría por mis venas, que me vengaría. ¿Lo vas comprendiendo? Pero espera un poquito más. Te divertirá la historia, que es interesante».

«En Calcuta, al lado de tus habitaciones, vivía un tal Bipradas Chatterji, que ya ha muerto el pobrecillo. Con él estaba una muchacha viuda llamada Kusum, huérfana desamparada de un caballero Kayestha. La muchacha era preciosa, y el viejo bramín la guardaba celosamente de la mirada codiciosa de los estudiantes. Pero para una muchacha no es cosa difícil burlar la vijilancia de su tutor. Kusum subía diariamente a la azotea a tender su ropa, y yo creo que tú pensaste que la tuya era el lugar más apropósito para estudiar. Yo no puedo decir si os hablabais desde vuestras azoteas, pero lo cierto es que la conducta de la muchacha despertó las sospechas del

viejo. Ella empezó a descuidar sus deberes caseros y, como Parbati* con sus devociones, comenzó poco a poco a perder el sueño y el apetito. En las veladas, lloraba algunas veces amargamente delante del viejo, sin razón aparente para ello».

«Se descubrió, al fin, que teniais frecuentes entrevistas desde los tejados, y tú acabaste por dejar de ir al Instituto, pensando que la azotea, y a mediodía, era el mejor sitio para estar con un libro en la mano, enamorado, repentinamente, del estudio solitario».

«Bipradas vino a pedirme consejo, y me lo contó todo. «Tío», le dije, «tú estás deseando, hace mucho tiempo, ir en peregrinación a Benares. Pues lo mejor es que vayas ahora y dejes a la niña a mi cargo, que yo cuidaré de ella».

* La mujer de Siva, el Destructor.

«Él se fué. Yo llevé a la muchacha a casa de Sripati Chatterji, a quien hice pasar por padre suyo. Lo que luego ocurrió, ya tú lo sabes. Ahora, después de habértelo contado todo, ¡que aliviado me siento! Parece una novela ¿no? Yo pienso escribirla y publicarla, pero no sé escribir. Tengo entendido que mi sobrino lo hace bien, y me parece que le voy a decir que escriba la historia por mí. Sería bueno que tú le ayudaras, porque el desenlace del cuento no me es bien conocido».

Sin prestar atención a las últimas palabras de Peari Sankar, Hemanta le preguntó: «Kusum ¿se opuso a la boda?»

«Mira», dijo Peari Sankar, «es bastante difícil saberlo. Ya tú sabes, hijo mío, lo que son las cabezas de las mujeres. Cuando dicen «no», están diciendo «sí». Los primeros días después de haber sido trasladada a su nuevo hogar,

estaba como loca por no poderte ver. Tú parece que llegaste a descubrir su nueva vivienda, pues solías equivocar tu camino cuando ibas al Instituto y te entretenías frente a la casa de Sripati; y tus ojos no parecían buscar precisamente el Colejio Presidencial, pues se clavaban en las rejas de una casa particular, a través de las cuales sólo insectos y jóvenes corazones lunáticos pueden pasar. Yo sentía pena por los dos, comprendiendo que tus estudios se habían interrumpido seriamente, y que la tristeza de la muchacha la tenía en un estado lastimoso».

«Un día, llamé a Kusum y le dije: «Oye, hija mía, yo soy un viejo y no debes tener vergüenza de mí. Sé quién es el que tu corazón desea y también que él está loco por ti. Yo desearía que os casarais». Al oir esto, Kusum se deshizo en lágrimas y se echó de pronto a co-

rrer. En los siguientes días visité a Sripati varias veladas, y, llamando a Kusum, discutía con ella asuntos relacionados contigo. Pronto llegué a imponerme a su timidez. Cuando le dije que haría todo lo posible por casaros, me pre guntó: «¡Pero eso es imposible!» «No te preocupes», le contesté, «yo diré que eres una joven bramín». Después de pensarlo mucho, me rogó que averiguara si tú lo aprobarías. «¡Vaya un capricho!», le dije. «Él está enamorado de ti. ¿A qué complicar la cosa? Cuando os hayáis casado, todo parecerá bien. Además, que, como no hay el menor peligro de que esto se sepa nunca, ¿a qué hacer desdichado a un hombre para toda la vida?»

«Ignoro si Kusum aprobaba o no el proyecto. A ratos lloraba; otras veces, se quedaba silenciosa. Si yo decía: «Bueno, dejaremos el asunto», no po-

día contenerse. Así las cosas, te mandé a Sripati con la proposición de matrimonio. Tú consentiste sin titubear, y todo se arregló».

«Pocos días antes del de la boda, Kusum se puso tan terca en la negativa, que me fué muy difícil volver a convencerla. «¡Vamos a dejarlo!», me decía constantemente. «Anda, no seas tonta», le reñía yo. «¿Cómo vamos a volvernos atrás, ahora que todo está arreglado?»

«¡Pues di que me he muerto!», me suplicaba. «¡Mándame a otra parte!»

«¿Y él, qué haría entonces?», dije. «¿Quieres que ahora que está en el sétimo cielo, esperando que el deseo tan largamente acariciado se realice mañana, le mande decir que te has muerto? Seguramente mañana tendría yo que darte la noticia de su muerte, y por la noche me anunciarían la tuya a mí. ¿Crees, criatura, que soy capaz de

cometer el asesinato de una muchacha y de un bramín, a mis años?»

«Se celebró felizmente la boda en un momento favorable, y yo me vi libre de un deber agobiante que tenía conmigo mismo. Y ahora, otra vez, todo lo sabes tú mejor que nadie».

«¿Y no pudiste, ya que el mal irreparable estaba hecho, haber guardado el secreto?», estalló Hemanta, después de un corto silencio. «¿Por qué me lo has dicho?»

Peari Sankar repuso con la mayor serenidad: «Verás. Cuando yo supe que todo estaba preparado para la boda de tu hermana, dije: «Bueno, he manchado la casta de un bramín; pero eso fué sólo por cumplir mi deber. Ahora que está en peligro la casta de otro bramín, es claro que mi deber es impedir la catástrofe». De modo que les escribí diciéndoles que yo podía probar que tú ha-

bías tomado por mujer a la hija de un sudra».

Haciendo un esfuerzo supremo por dominarse, Hemanta dijo: «Y si yo abandono ahora a la muchacha, ¿le darás tú sustento y albergue?»

«Yo he cumplido mi deber», replicó Peari Sankar tranquilamente. «No tengo obligación ninguna de cargar con esposas desechadas.» Y luego: «¡A ver!, que traigan un vaso de leche de coco, con yelo dentro, y *pan*, para Hemanta Babu.

Hemanta se levantó, y se fué antes de que le trajeran aquel gracioso regalo.

IV

Era quinta noche de luna menguante, y todo estaba negro. No se oía cantar pájaro alguno. El lichi del estanque parecía un manchón de tinta sobre el fondo, algo menos profundo, del cielo

Ciego, el viento del sur vagaba en la oscuridad, como un sonámbulo. Las estrellas, con sus ojos fijos, trataban de agujerear la sombra, ansiosas de sondar algún misterio profundo.

No había en el dormitorio luz alguna. Hemanta estaba sentado junto a la ventana abierta, al lado de la cama, mirando la sombra. Kusum, echada en el suelo, abrazaba los pies de su marido, descansando la cara sobre ellos. Era el tiempo como un mar absolutamente silencioso. El destino parecía haber pintado definitivamente aquel único cuadro en el fondo de la noche negra: el aniquilamiento total; en medio, el juez, y a sus pies, la culpable.

Se oyó otra vez el ruido de las babuchas, y Harihar Mukerji dijo desde la puerta: «¡Basta ya! ¡No puedo permitirlo más! ¡Echa a esa mujer de la casa!»

Kusum, al oirlo, abrazó los pies de

su marido con el fuego de una vida entera, los cubrió de besos y, tocándolos humilde con su frente, se apartó.

Hemanta se levantó, fué a su padre y le dijo: «Padre; yo no la abandono».

«¿Qué está usted diciendo?», rujió Harihar. «¡Mire usted que perderá su casta!».

«No me importa la casta», dijo Hemanta tranquilo.

«Entonces», replicó el padre, «¡también renuncio a ti!»

Y 13

EL CABULIWALLAH

MI hija Mini, que tiene ahora cinco años, no puede estarse callada. Yo creo firmemente que en lo que lleva de vida no ha dejado un solo instante de hablar. Su madre se molesta muchas veces por esto y le riñe para que se calle. Yo no. No me parece natural ver a Mini callada, y no puedo sufrir que lo esté mucho tiempo. Así, siempre que hablo con ella, lo hago animadamente.

Una mañana, por ejemplo, en que yo estaba enmedio del capítulo diecisiete de mi nueva novela, mi hija Mini entró en el cuarto y, cojiéndome la mano, me dijo: «Padre, Ramdayal, el portero, llama a un cuervo un kuervo; qué tonto es, ¿verdad?»

Antes de que yo pudiese esplicarle las diferentes lenguas y pronunciaciones de este mundo, ya ella se había internado por las aguas de otro mar: «Oye, padre; Bhola dice que hay un elefante en las nubes, que echa agua por la trompa, y que por eso llueve».

Y mientras yo buscaba alguna respuesta a lo último, se puso a correr preguntándome: «Padre, ¿tú qué eres de madre?»

«Es mi hermanita», me susurré involuntariamente a mí mismo; pero, poniéndome serio, logré responder: «Vete a jugar con Bhola, Mini, que estoy trabajando».

La ventana de mi cuarto da a la calle. La niña se había sentado a mis pies, junto a mi mesa, y jugaba tocando el tambor suavemente sobre sus rodillas. Yo me enfrasqué, de nuevo, en mi capítulo diecisiete, en el cual Protap Singh, el

héroe, había cojido en los brazos a Kanchanlata, la heroína, y se disponía a huir con ella por el balcón del tercer piso del castillo, cuando de repente, Mini dejó de jugar y corrió a la ventana gritando: «¡Un Cabuliwallah! ¡Un Cabuliwallah!» *. Un Cabuliwallah iba pasando, en realidad, por la calle. Llevaba el suelto ropón mugriento de los de su raza, y un alto turbante, un saco a la espalda y cajas de uvas en la mano.

No sé lo que se figuró mi hija al ver a aquel hombre, que empezó a llamarlo a gritos. Yo pensé: «¡Ay, lo que es si él entra, mi capítulo diecisiete no se acabará en la vida!» En este momento el Cabuliwallah se volvió y miró a la niña, la que al darse cuenta, huyó despavorida en busca de su madre. Mini creía ciegamente que el hombre llevaba dentro del saco dos o tres niñas, por

* Vendedor de Cabul.

lo menos, como ella. El Cabuliwallah entró en la casa y me saludó sonriendo.

Tan decisiva era la situación de mi héroe y de mi heroína, que mi primer impulso fué comprarle algo al Cabuliwallah, ya que había sido llamado, para que se fuera pronto. Le compré, pues, alguna cosilla, y él se puso a hablarme de Abdurrahman, de los rusos, de los ingleses y de la política de la frontera.

Cuando se iba, me dijo: «¿Y la niñita, señor?»

Yo, pensando que era bueno curar a Mini de aquellos absurdos temores, hice que la trajeran.

Mini se puso junto a mi silla, y miraba al Cabuliwallah y a su saco. Él le ofreció nueces y pasas, pero ella no cayó en la tentación, y se apretaba a mí, con más miedo que antes.

Este fué el primer encuentro de ellos dos.

Pocos días después, una mañana, iba yo a salir de casa, cuando vi atónito que Mini estaba sentada en un banco del lado de la puerta, hablando y riendo, con el gran Cabuliwallah a sus pies. En toda su vida, mi hija quizás no había encontrado a nadie que la escuchara con tanta paciencia, a no ser su padre; y tenía el estremo de su sarito lleno de almendras y pasas, regalo de su amigo. «¿Por qué le has dado eso?», le dije al Cabuliwallah. Y sacando una moneda de ocho anas, se la di. Él aceptó el dinero sin protestar, y se lo echó en el bolsillo.

Pero ¡ay!, al volver yo, una hora más tarde, vi que la desdichada moneda había ocasionado daños por dos veces su valor, pues el Cabuliwallah se la había dado a Mini, y la madre, echándole el ojo al redondo objeto reluciente, se lo quitó a la criatura, preguntándole: «¿Quién te ha dado esa moneda?»

«Me la dió el Cabuliwallah», dijo Mini alegremente.

«¿Que te la dió el Cabuliwallah?» esclamó su madre escandalizada. «¿Y por qué se la has tomado?»

Yo entraba entonces, y librando a Mini de un desastre inminente, me puse a hacer averiguaciones.

Según supe, no era esta sola la vez que ellos se habían visto. El Cabuliwallah había sabido vencer el temor de la niña, con un paciente soborno de nueces y almendras, y ahora los dos eran grandes amigos.

Se daban curiosas bromas, con las que gozaban grandemente. Ella se sentaba frente a él, y, mirando con toda su diminuta dignidad al jigantesco cuerpo de su amigo, le preguntaba hecha un rizo de risa: «¡Cabuliwallah, Cabuliwallah, dime qué tienes en tu saco!» Y él, con el acento gangoso de los montañeses, respondía: «¡Un elefante!»

Tal vez esto no sea un gran motivo de diversión; pero ¡lo que gozaban ellos con la ocurrencia! Para mí, la charla de mi niña con aquel hombre hecho y derecho, tenía en ella algo de fascinador.

El Cabuliwallah, para no ser menos, le preguntaba a su vez: «¿Bueno, niña, y cuándo vas a ir a casa de tu suegro?»

La mayor parte de las niñas de Bengala saben, desde que nacen, de la casa de su suegro; pero nosotros, que somos un poco modernistas, le habíamos callado estas cosas a nuestra hija; de modo que Mini, al oir la pregunta del Cabuliwallah, debió quedarse algo perpleja. Pero ella no lo quiso desmostrar, y salió del paso con este rodeo: «¿Tú vas allí?»

Entre hombres de la clase del Cabuliwallah, es bien sabido que «casa del suegro» tiene un doble sentido, que es «cárcel», porque en ésta se nos cuida bien sin que nos cueste nada. El sano-

te del vendedor tomaba en este sentido la pregunta de mi hija, y, enseñando su puño a algún invisible guardia, le gritaba: «¡Ay, qué paliza le voy a dar a mi suegro!» Mini, al oir esto, rompía en grandes carcajadas, figurándose ya maltrecho al infeliz pariente. Y su formidable amigo reía con ella.

Eran mañanas de otoño, el momento del año en que los antiguos reyes salían en busca de conquistas; y yo, que no podía moverme de mi rinconcito de Calcuta, echaba a vagar mi pensamiento por el mundo. Con sólo oir el nombre de otro país, mi corazón se iba a él; y si veía un estranjero por las calles, me quedaba preso en una red de sueños, con las montañas, los valles y los bosques de su tierra distante, con su casita en aquellos fondos, con la libre y fácil vida de los silvestres campos lejanos. Quizás sea que como llevo una existencia tan veje-

tativa, los viajes se me representan con más viveza que a otros. La noticia de un viaje, sería para mí como un rayo... Viendo al Cabuliwallah, me trasladaba, al punto, al pie de sus montañas de picos secos, llenas todas de estrechos barrancos que se retuercen por las imponentes alturas. Veía la caravana de camellos cargados de mercancías, y los mercaderes, con sus turbantes, sus antiguas y raras armas de fuego y sus lanzas, camino de las llanuras. Veía..., pero en este instante, la madre de Mini se ponía por medio, suplicándome que tuviera mucho cuidado con aquel hombre.

La madre de Mini es, desgraciadamente, muy medrosa. En cuanto oye el menor ruido en la calle, o ve que viene alguien hacia la casa, piensa siempre que deben ser ladrones, o borrachos, o culebras, o tigres, o la malaria, o cucarachas, o gusanos, o un marinero inglés.

De nada le sirve la esperiencia, y siempre está lo mismo. El Cabuliwallah le daba miedo, y ella me rogaba a cada instante que no lo perdiese de vista.

Yo me echaba a reir bondadosamente, pero ella se revolvía contra mí, seria, y me hacía solemnemente preguntas como ésta: «¿Es que no roban a los niños? ¿No era verdad entonces que en Cabul había esclavos? ¿Era un disparate pensar que aquel hombrón pudiera llevarse a la niña, tan chiquita?»

Yo le respondía que tal vez no fuese imposible, pero que no era probable. Ella no se convencía, y continuaba inquieta. Sin embargo, como su temor era injustificado, no me parecía bien decirle al Cabuliwallah que no viniera. Y la amistad de él y de mi niña seguía libremente.

Todos los años, hacia mediados de Enero, Rahmun, el Cabuliwallah, tenía

la costumbre de volver a su país; y cuando este momento se acercaba, él andaba arriba y abajo, muy atareado, cobrando de casa en casa lo que le debían. Aquel año, a pesar de sus ocupaciones, siempre encontraba ocasión para venir a ver a Mini, y cualquiera que no estuviese enterado de las cosas, hubiera creído que los dos tramaban alguna conspiración, pues él, si no podía venir por la mañana, se presentaba al oscurecer.

A mí mismo me asustaba un poco, a veces, encontrar de pronto a aquel hombrazo en el rincón de un cuarto oscuro, con aquellas ropas sueltas, todo lleno de alforjas. Pero cuando Mini corría a él, diciendo entre risas: «¡Cabuliwallah, Cabuliwallah!», y los dos amigos, de tan diferente edad, volvían a sus bromas y a sus carcajadas, al punto me tranquilizaba.

Una mañana, días antes de la partida del Cabuliwallah, estaba yo corrijiendo pruebas en mi cuarto. Aún hacía fresco, y el leve calor de los rayos del sol que, a través de mi ventana, llegaban a mis pies, me era amable. Serían las ocho, y los paseantes tempraneros volvían a sus casas con las cabezas cubiertas. De pronto, oí gritos en la calle, y, asomándome, vi que dos policías llevaban atado a Rahmun, rodeado de chiquillos. Las ropas del Cabuliwallah estaban manchadas de sangre, y uno de los policías llevaba un cuchillo. Salí de prisa, los paré y les pregunté qué pasaba. Por lo que unos y otros me dijeron, pude sacar en claro que un vecino que le debía a Rahmun un chal de Rampuri, negaba que se lo hubiese comprado, y que, habiendo pasado de las palabras a los hechos, Rahmun lo había herido. En el calor de la escitación, el preso comenzó a insultar a

su enemigo con toda clase de nombres, cuando, de pronto, en la galería de mi casa, apareció Mini, gritando como de costumbre: «¡Cabuliwallah! ¡Cabuliwallah!» La cara de Rahmun se iluminó al verla. Aquel día no llevaba el saco bajo el brazo, y no podía engañarla con lo del elefante. Entonces ella le preguntó: «¿Vas a casa de tu suegro?» Rahmun se echó a reir y dijo: «Sí; allí voy, niña». Pero viendo que la respuesta no había hecho reir a Mini, levantó sus manos atadas y dijo: «¡Ay, de buena gana le hubiese dado a ese viejo de mi suegro, pero me han atado las manos!»

Rahmun, acusado de homicidio frustrado, fué condenado a varios años de cárcel. El tiempo pasó y nos fuímos olvidando de él. Seguimos trabajando siempre en lo mismo y en el mismo lugar, y rara vez se nos ocurría pensar en el un día libre montañés, ahora preso.

Hasta mi alegre Mini, vergüenza me da decirlo, se olvidó de su antiguo amigo. Nuevas amistades llenaron su vida, y a medida que ella iba creciendo, pasaba mayor tiempo con otras muchachas; tanto, que ya no encontraba ocasión de venir, como antes, al cuarto de su padre, y apenas nos veíamos.

Pasaron los años. Llegó, una vez más, el otoño, y nos ocupábamos en los preparativos para la boda de Mini, que había de celebrarse en las Fiestas de Puja. Con la vuelta de Durga a Kailas, la luz de nuestro hogar también se iría a la casa del marido, dejando la del padre en sombra.

Era alegre la mañana. Tras las lluvias, una sensación de baño erraba por el aire, y los rayos del sol parecían oro puro. Tan vivos eran, que los sórdidos muros de ladrillo de las callejas de Calcuta deslumbraban con una hermosa

claridad. Desde el amanecer, las gaitas de la boda habían comenzado a sonar, y, a cada cadencia suya, me saltaba el corazón. El jemido de aquella melodía bhairavi, parecía agrandar mi pena por la separación que llegaba, pues Mini iba a casarse aquella noche.

La casa estaba llena de bullicio y de idas y venidas. Se estaba preparando en el patio un dosel sostenido por varas de bambú. En los aposentos y galerías se colgaban candelabros tintineantes. La prisa, la ajitación no acababan nunca. Yo estaba sentado en mi cuarto, repasando las cuentas, cuando de pronto alguien saludó respetuosamente, y llegó frente a mí. Era Rahmun, el Cabuliwallah. Al principio, no caía en quien fuese, pelado como venía, sin su saco, sin aquel vigor de antes; pero sonrió, y le conocí al punto.

«¿Cuándo has venido, Rahmun?», le pregunté.

Contestó: «Anoche me soltaron de presidio».

Sus palabras sonaron mal en mis oidos. Nunca antes había yo hablado con un hombre que hubiese herido a otro, y mi corazón se encojió pensando, contrariado, el mal agüero con que el día empezaba.

«Estoy ocupado con la fiesta», le dije. «¿No te sería igual venir otro día?»

Se volvió para irse, pero al llegar a la puerta, vaciló y me dijo: «¿Y no podría ver a la niña un momento?» Él pensaba que Mini seguía siendo la misma niña que antes, y se la figuraba ya corriendo hacia él, como en otros días, y gritando: «¡Cabuliwallah! ¡Cabuliwallah!» Se había figurado, también, que hablarían y reirían juntos, como antiguamente. En recuerdo de los pasados tiempos, traía, cuidadosamente envueltas en papel, algunas almendras, pasas y uvas,

que le habría dado algún campesino, pues su pequeño caudal se lo habían dispersado.

Le dije otra vez: «Es que hay fiesta en la casa, y hoy no podrás ver a nadie».

Su cara se puso triste. Me miró un momento, nostáljico, me saludó, y se fué.

Sentí pena, y ya iba a llamarlo, cuando él volvía, y dándome su regalo me dijo: «Traía estas cosillas para la niña, señor. ¿Se las quieres dar?»

Las tomé y fuí a pagarle; pero él me cojió la mano diciendo: «¡Qué bueno eres, señor! ¡No me olvides..., ni me des nada! Tú tienes una niña y yo tengo otra, muy lejos. Cuando yo traigo alguna cosa a tu niña, no es por dinero, sino porque pienso en la mía».

Al decir esto, metió la mano en su gran ropón, sacó un pedacito sucio de

papel, lo desdobló cuidadoso y lo alisó con sus manos sobre mi mesa. Vi que el papel tenía la huella de una manita; no un retrato, ni un dibujo; sólo aquella manita untada de tinta y apretada sobre el papel. Cuando, años atrás, él venía a Calcuta a vender sus mercancías por las calles, esta señal de su niña estaba siempre al lado de su corazón.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Olvidé que él era un pobre vendedor cabuli y que yo era... No, ¿qué era yo más que él? Padres los dos.

La huella de la mano de su niña Parbati, que estaría allá lejos en su distante hogar de la montaña, me hizo pensar en mi hija. Mandé llamar en el acto a Mini de sus aposentos interiores. Me pusieron muchas dificultades, pero yo no quise escuchar. Mini, vestida con el traje de seda roja de la boda, con la pasta de sándalo en su frente, y toda

adornada como una novia, llegó tímidamente ante mí.

El Cabuliwallah se quedó sorprendido ante tal aparición. ¡No era posible renovar la antigua amistad! Luego, le sonrió y le dijo: «Mini, ¿vas a casa de tu suegro?»

Ahora Mini comprendía el sentido de la palabra suegro, y no pudo contestarle como en otros días. La pregunta le sonrojó; y estaba ante él, bajos sus ojos de novia.

Recordé el día en que el Cabuliwallah y Mini se vieron por vez primera, y me dió tristeza. Ella se fué. Rahmun suspiró hondo y se sentó en el suelo. De pronto, pensó que su hija habría también crecido durante aquellos años, y que su amistad con ella tendría que comenzar de nuevo. Seguramente no la encontraría como la dejó, y además, ¿qué no podría haber ocurrido en aquellos ocho años?

Sonaban las gaitas de la boda, y el dulce sol de otoño fluía a nuestro alrededor. Rahmun seguía sentado en la calleja, mirando las secas montañas del Afghanistan.

Le di un billete y le dije: «Anda, vete a ver a tu hija, Rahmun; vete a tu pueblo; y que la dicha de vuestro encuentro traiga buena suerte a Mini».

Tuve que suprimir algunas de las fiestas. No pude pagar las luces eléctricas ni la banda militar, con lo que las señoras se disgustaron mucho; pero la boda de mi hija fué feliz para mí, sabiendo que en una tierra lejana, un padre, largos años perdido, iba a ver de nuevo a su única hija.

FIN

DEL TOMO II Y ÚLTIMO DE

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

ÍNDICE

(NOTA DE LA TRADUCTORA:

NINGUNA obra, y menos si es traducción, puede tener, mientras su autor viva, sino un valor transitorio. En cada nueva edición, este libro se ha de ir desnudando más, maestro de sí mismo, hasta llegar a su espresión permanente.)

Madrid, 1918.

FIN

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA
TIP.-LIT. A. DE ANGEL ALCOY (S. EN C.)
DE MADRID
EL 25 DE SETIEMBRE DE
1918